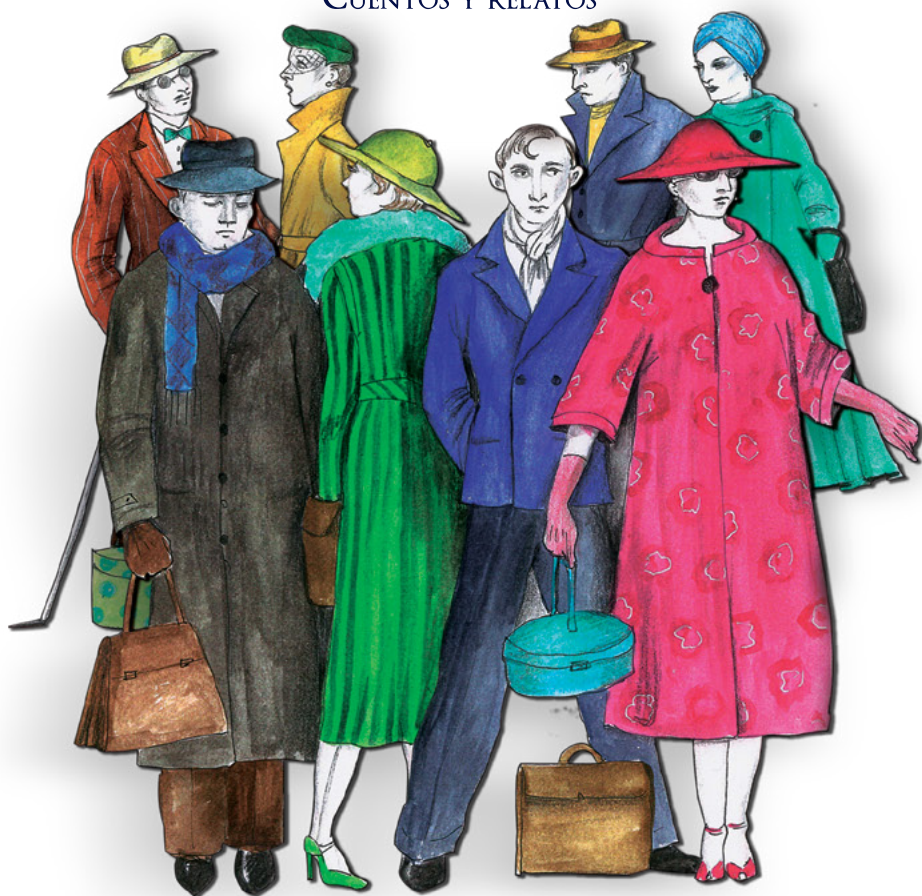


MARIO LION

ALGUIEN TIENE QUE GANAR

CUENTOS Y RELATOS



Renata Schmidt

PRÓLOGO DE ARTEMIO GORDON



V O C A C I O N

Alguien tiene que ganar

Editor responsable

Héctor Calós

Jefe de producción

Diego Juan

Ilustración de portada

Renata Schussheim

Diseño editorial

Lorena Biagi

Corrección

Javiera Gutiérrez

Lion, Mario Norberto
Alguien tiene que ganar. -
1a ed. - Buenos Aires : Vocación, 2013.
174 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-28754-2-8

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. 3. Relatos. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/07/2013

Mario Lion

ALGUIEN
TIENE QUE GANAR

Cuentos y relatos

Edita



V O C A C I O N
Productora - Comercializadora
www.vocacion.net

Perú 457 Piso 2
CP1067AAI – CABA Argentina
Teléfono: 4345-1215
info@vocacion.net

PRÓLOGO

Por Artemio Gordon*

Los cuentos publicados en este volumen son la genuina expresión de un escritor que ha encontrado una voz propia en el mundo literario. Son relatos ágiles que despliegan múltiples lecturas.

“Alguien tiene que ganar”, es el título de una de las narraciones y también es la expresión paradójica que da cuenta de personajes perdedores enredados en tramas de poder y egoísmos que deben enfrentarse a situaciones en las que pretendiendo ganar, llevan las de perder.

A Mario Lion lo obsesiona la falta de libertad o para mejor decir, los obstáculos que se interponen para disfrutar de ella. Lo transmite en situaciones en donde sus criaturas son atrapadas por la rutina y sus propias manías, como en los breves y contundentes

relatos de Gimenez, Culo, Desencadenarse. Ese *leit motiv* cobra nitidez también en Necochea, El diario del tío Anibal, el Doctor Periné. En estos cuentos se reflejan, además, los mecanismos alambicados de la posesión de un ser humano por otro, reminiscencias del Fausto de Goethe, vigente en nuestros días.

La mirada del autor hace foco sobre las trampas que nos quitan energía, los mandatos que nos obligan a actuar como se espera de nosotros. Desmenuza el escenario donde se despliegan, esas “redes de lo cotidiano”, según Foucault, y las necesidades insatisfechas del prójimo. Es una mirada despiada y tierna al mismo tiempo.

Los protagonistas de “El restaurador” y “Gustavo Santaolalla”, no pueden liberarse de la inocente confusión de sus interlocutores que los obligan a ser otros. Son ellos mismos quienes incorporándose al malentendido sacan provecho de ello. Nos encontramos aquí con la pericia de un autor que nos lleva, con una prosa fluida e inteligente, a querer a esos personajes porque nos permiten comprender los mecanismos con los que desarrollamos nuestras pequeñas estafas cotidianas.

Atravesado por el psicoanálisis –ejerció la profesión durante varios años– Mario Lion descrea de las apariencias ingenuas. Sabe que son un reflejo, un indicador de aquello que subyace en la esencia de lo humano. Y allí las pasiones son lo que son, sin

juicios éticos. Ese magma se agita por salir y se manifiesta en gestos, palabras, se disfraza de mil maneras para engañar el juicio de los otros. El autor quiere que veamos el fracaso de las apariencias y hacernos cómplices: queremos creer, lo necesitamos, por eso somos frágiles y fáciles de engañar.

Mario Lion está convencido de que las relaciones humanas se basan en sucesivos malos entendidos. Nos lo muestra a lo largo de esta obra. Puede leerse también en esa dirección. Son los hechos –que sus personajes en apariencia padecen, pero en realidad provocan– los que confrontan a sus criaturas con aquello que creen de sí mismos. Los protagonistas son incompletos y ¿se equivocan? en sus elecciones, en la percepción de los demás. Viven en una certeza que comprueban falsa cuando sus mundos se derrumban. Para decirlo de un modo argentino, lo trucho, aquello que parece ser y finalmente no es, ocupa el espacio hasta alcanzar gran protagonismo. Sus personajes parecen víctimas, pero también son victimarios. Esa es la voz del psicoanalista que susurra en él y nos advierte de que las cosas y las personas no son lo que aparentan.

El autor tiene cosas para decirnos, pero tal vez lo más importante, es que lo hace con destreza. La lectura provoca placer porque el hilo conductor es el humor. Para decirlo al modo de Oscar Wilde ese humor es “la gentileza de la desesperación”. Es el modo en que describe a sus criaturas y podríamos

sospechar, despiadadamente con él, que también a sí mismo.

Como quedó esbozado, la virtud de este escritor radica en la fluidez, en el lenguaje sencillo con el que se oculta detrás de los personajes. Habilidad esencial de los buenos titiriteros cuyos muñecos nos hacen olvidar que son manejados, el modo literario más genuino de integrarnos a la fantasía del autor.

Le propongo lector, encarar esta obra con entusiasmo y en el orden en que ha sido editado, es probable que la disfrute tanto como yo.

* Artemio Gordon es doctor en Literatura latinoamericana, egresado de La Sorbonne. Como crítico literario ha publicado los ensayos *Espejos, voces y sombras en la literatura hispanoamericana*, *Rimbaud y los poetas malditos* y *El realismo mágico y la nueva novela*.

El prologuista

Mi pasión por la escritura me ayudó a soportar muchos años de recorrer editoriales. Sucesivos rechazos me habían hecho perder toda esperanza de publicar. Por eso, cuando logré interesar a un editor, no me importó pagar la cifra que pedía: era mayor el entusiasmo de ver mis escritos en letras impresas que el dinero que invertiría. Me ilusionaba entregar mi libro a los amigos, a gente conocida e incluso a quienes me subestimaban: era una carta de presentación de la que no quería privarme. El dueño de la editorial, un hombre joven, sin experiencia, buscaba acumular títulos de autores desconocidos. Como mi nombre pasaría desapercibido, me insinuó que buscara a alguien que escribiera un buen prólogo sobre mi obra. Era preferible, además, que su apellido sonara ilustre. Mis anteriores maestros de literatura se negaron rotundamente: querían evitar que otros alumnos les pidieran lo mismo, o tal vez se avergonzaban del resultado que habían obtenido conmigo y no deseaban exponerse.

Un amigo me sugirió una persona que hacía estos trabajos por encargo: un periodista de la sección literaria de un prestigioso matutino. Mejor no podía ser.

Alberto González me citó una tarde lluviosa de otoño en la calle Rivadavia al 2600. Al llegar pensé que me había dado una dirección falsa, pues me encontré frente a una agencia de quiniela en el caótico barrio del Once.

— Es de mi mujer — me dijo mientras tomábamos un café en el bar de al lado.

Era una persona de unos cincuenta y cinco años, de aspecto desprolijo. Los anteojos tipo Lennon, de vidrios rayados y turbios, resaltaban sobre su pequeña nariz. El pelo escaso y grasiento que caía sobre sus hombros le daba un aire de intelectual anacrónico. Usaba una campera verde oliva que parecía haber sido testigo de una vieja etapa estudiantil.

Mientras hablábamos, me llamó la atención que esquivara mi mirada.

— Comprendo muy bien lo que necesitás.

Me enumeró una cantidad de trabajos, muy difíciles de corroborar, que había realizado para algunos escritores.

Con cuidado, para no ofenderlo, le dije que tener un libro prologado por Alberto González no significaba demasiado prestigio literario. Me respondió que sabía de esa limitación y por eso utilizaba seudónimos que invitaban a creer en la importancia de contar con esas firmas en la tapa del libro: Artemio Gordon o Marco Belloponte.

Artemio Gordon me resultaba familiar. Él, sonriendo con suficiencia, me aclaró que lo mismo le pasaba a otra gente. Confesó que esto ocurría porque había copiado ese nombre de un personaje de una antigua serie televisiva que ya pocos recordaban, pero los que estaban en condiciones de hacerlo, solían confundir actores con escritores o personajes

notables sin tener certeza de a qué rubro pertenecían, y el ver ese nombre en la tapa de algún libro los inducía a creer que era alguien famoso. Un verdadero atractivo para la venta.

El nombre de Marco Belloponte, en cambio, denotaba el de algún pensador italiano, lo que ayudaba a configurar una idea de libro profundo y con ideas nuevas.

No estaba seguro de que mi prologuista escribiera bien, pero era evidente que sabía de marketing.

Conversamos sobre mi obra y sobre mi editor, y acordamos que leería el libro para luego establecer sus honorarios.

Me sorprendió su llamado a los dos días del encuentro. Cometí el grave error de citarlo en mi casa.

Vestido con la misma campera, recorría lentamente cada rincón del living.

Inspeccionaba la biblioteca, se detenía en mi equipo de audio, en mi LCD, acariciaba la tela de los sillones.

— Tela importada, ¿no?

— Sí. Creo que sí. No sé, mi mujer se ocupa de esas cosas.

— Linda casa, muy linda.

— Gracias — dije, aunque tenía la sensación de que su elogio no me beneficiaba.

Se sentó en mi sillón, en el que suelo sentarme. Se apoyó en todo el respaldo. Se desplegó como

si se hubiera agigantado y el espacio no fuera suficiente para cobijarlo.

Ahora su mirada no se despegaba de la mía, y era yo el que trataba de evadirla.

— ¿Y, qué le pareció el libro?

Se quedó un rato en silencio.

— ¿Tenés algo para tomar?

— Ah, sí, disculpe, disculpá. ¿Qué quiere?

¿Qué querés?

— Whisky, ¿puede ser?

— Sí claro.

Saqué del aparador la primera botella que encontré.

— Con hielo, si no es molestia.

— Ninguna molestia.

Se quedó observando la etiqueta de la botella.

— Chiva's. No podía ser de otra manera — dijo, mientras sonreía

Le serví tres medidas que rápidamente bebió en dos sorbos.

Volvió a servirse él mismo un vaso lleno.

— Este sí que es bueno.

Hizo otra pausa. Miré la hora.

— ¿Estás apurado?

— Es que en un rato me tengo que ir.

— Al grano entonces. Leí el libro, bah, una parte. No sé como decírtelo.

— No te gustó.

— Para serte franco, no. Me pareció malo.

— Entiendo. ¡Qué lástima! No lo vas a escribir — me sentí aliviado y ansioso porque se fuera.

— No entendiste.

— Sí, no te gustó. No hay problema, busco otra alternativa.

— Yo soy tu única alternativa — dijo con suficiencia mientras se llenaba el vaso nuevamente —. En el diario soy el que edita los comentarios de los libros. De todos, de los autores consagrados y especialmente de los desconocidos. ¿Me seguís?

— Sí.

— El comentario puede ser así o asá — dijo, mientras daba vuelta la mano que apoyó con vehemencia sobre la pequeña mesa —. No importa si el libro es bueno, lo que interesa es qué se dice de él. Un buen comentario, a un recién iniciado lo puede ayudar, en cambio una crítica lapidaria...

— Entiendo.

— Veo que estás en camino. ¿Tenés más hielo?

Mientras iba hacia la heladera, aproveché para secarme la transpiración.

— Yo te puedo ayudar. Mejor dicho, nos podemos ayudar — insistió cuando llegué con la hielera.

— ¿Y cómo...?

No me dejó terminar la frase:

— Me va a costar hacer un buen prólogo, y a vos también.

— ¿Cuánto?

— Diez.

— ¿Diez?

— Diez mil.

— ¡Diez mil pesos! Es una locura.

— No. Dólares. Diez mil dólares.

— ¿Vos estás loco? ¿Por un prólogo de mierda? ¿Quién te creés que sos?

Hizo un silencio y sonrió.

— ¡No entendiste un carajo! — dijo elevando el tono y provocándome mayor transpiración—. Yo no me creo. Soy. Te repito: edito las críticas literarias del diario más prestigioso del país. —hizo hincapié en cada palabra y elevó más la voz—. El prólogo es lo de menos. Lo importante es que se va a decir de tu libro en el diario. Pensalo. Llegaste hasta acá. Pagás la edición. Con un poco más, vas a tener reconocimiento, reportajes, algo para mostrar; porque de otra manera, ¿quién va a hablar de tu obra? O peor, puedo hacer que hablen mal, muy mal.

Me quedé en silencio sentado mirando mi manuscrito, que él tenía sobre su regazo. Él se levantó en un movimiento brusco.

— ¿Te tenías que ir? Me voy. —Y se dirigió hacia la puerta.

Con una mano en el picaporte, me miró fijo y utilizó un tono cómplice, amistoso.

—Relajate. Estamos hablando de negocios. Los dos somos grandes. No es un tema de vida o muerte. Pensalo.

Abatido, recuperé mi sillón mientras se hacía de noche. El whisky y la luz tenue me relajaron hasta dormirme.

Al día siguiente me costaba creer que aquella conversación hubiese ocurrido. Mientras trabajaba en el estudio, el episodio se hacía tan presente que me distraía de la tarea. Me atormentaba tener que tomar una decisión semejante: ganar prestigio pagando. Era una denigración hacia mí mismo, pero me excitaba alcanzar un poco de fama. Al fin y al cabo, ¿qué tenía de malo que alguien me hiciera un poco de buena publicidad? Las empresas dilapidan fortunas en hablar bien de sus mediocres productos. ¿Por qué no gastar un poco de la mía en hablar bien de mi obra?

— Eso no es publicidad, es propaganda — argumentaba Nicolás, un amigo de esos a los que uno escucha.

Él no pretendía juzgar desde una falsa moralina. Fue al único al que se lo conté. A mi mujer no quise, sabía que nunca hubiera podido levantar mi desprestigio. Si por casualidad algún comentario bueno sobre el libro llegase publicarse, pensaría que lo había pagado. Era preferible Nicolás, explicándome la diferencia entre publicidad y propaganda como un docente universitario.

— ¿Cuál es la historia? Si lo arreglás con plata, no es un problema.

— Pero me dijiste que era propaganda.

— ¿Qué te importa? ¿Sabés cuánto pagaría yo por jugar en la primera de Boca sabiendo que soy un tronco? Date el gusto, vas a ver tu nombre impreso en la tapa de un libro, el tuyo.

Él estaba convencido de que tenía que pagarle a Alberto González. De no hacerlo, sería “un estúpido que dejó pasar la oportunidad de su vida”.

“Es evidente: vivo con los valores equivocados, tal vez aferrado a un mundo antiguo y con escasa habilidad para adaptarme al presente”, me decía a mí mismo con la voz de mi hijo mayor mientras regresaba a casa.

La autorización surgía de la última frase de Nicolás: “No estás matando a nadie, no son medicamentos truchos, te estás divirtiendo, eso es todo”.

“La dignidad no se negocia”, me decía mientras sonaba el timbre.

Era Alberto González, aunque parte del prólogo que dejó sobre mi mesa decía Artemio Gordon.

Lo leí muchas veces. Me emocionaba. Estaba muy bien escrito y hablaba tan bien de mí que me costaba creerlo.

— Es una muestra. Si te gusta y lo querés completo, mañana hablamos — dijo en su fugaz visita.

Aquella mañana de domingo, el diario me es-

peraba, como siempre, en el umbral de la puerta. Mi mujer leía los elogios que el suplemento literario me dedicaba y luego me miraba sonriente, sin terminar de creer que convivía con un genio.

Con el correr de los días, no dejaban de llegar propuestas de entrevistas que, por supuesto, acepté.

Los títulos se repetían en publicaciones especializadas: “El escritor de moda”. Era, en verdad, “el escritor de estos tiempos”, repetí en innumerables reportajes.

Alguien tiene que ganar

Cuando me reencontré con mi primo Atilio, luego de muchos años sin vernos, se me hizo presente la frase que solía repetir mi madre cada vez que lo nombraba: “Un tipo de suerte”. Ella hacía, de sus afirmaciones, sentencias inapelables; y las repetía hasta el cansancio como una forma de asegurar su reino y disciplinar a los hijos bajo su ley.

Durante mi adolescencia traté de liberarme de esos designios mediante un antídoto suministrado en pequeñas dosis a lo largo de varios años: el psicoanálisis. Hasta hoy (que sigo yendo al terapeuta dos veces por semana) me sorprende comprobar cómo algunos de aquellos juicios todavía obnubilan el mío.

Cuando visité a mi primo debí admitir que su vida había rumbeado por un camino de abundancia.

Los objetos valiosos que adornaban su mansión y dos autos nuevos en el garaje deslumbraron mi curiosidad, incentivada por una enérgica envidia.

Mientras charlábamos al borde de la pileta, el personal doméstico vestido de uniforme reproducía una escenografía digna de Beverly Hills.

La pregunta se imponía:

— ¿Cómo hiciste?

Ser empleado administrativo de una empresa de cosméticos no parecía darle coherencia a semejante prosperidad ni aun sumando el aporte de su

mujer: como maestra, apenas debía generar ingresos suficientes para sostener semejante despliegue. Ninguno de ellos había heredado nada. Un banco nunca les hubiera otorgado un crédito.

Durante la charla, Atilio eludió el tema y esa actitud la sentí como una provocación, un modo de hacerme girar alrededor de ese enigma.

Mientras regresábamos con mi esposa en el auto, me dolía la comparación: yo, un contador, sobreviviendo apretado con cuatro hijos en un departamento de tres ambientes en Almagro, ahorrando esforzadamente para mudarme; él, un empleado del montón, prodigándose como un magnate en San Isidro.

Mi mujer no dejaba de comentar el vestuario de Mercedes, la esposa, y yo no soportaba escucharla: la pileta y los dos autos nuevos ocupaban toda mi atención.

¿Por qué él sí y yo no?

El legado materno me agobiaba con insólita vigencia: “Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados”.

Durante años de terapia combatí contra esa maraña de certidumbres heredadas que todavía continuaban taladrándome el cerebro.

El tema consumió las sesiones que siguieron: ¿qué estaba haciendo yo tan mal y él tan bien? Convencido de que algo raro había detrás, comencé a investigar a Atilio.

Ninguna de las averiguaciones dio resultado. Mi primo no aparecía en registro alguno de Internet ni en el Veraz; no tenía antecedentes policiales. Ocupé mis días vigilándolo, pero no advertía nada extraño, salvo que solía ir a jugar con frecuencia. A su padre también le gustaba apostar: ruleta, quinie-la, carreras; lo importante era que fuera por dinero. “La manzana no cae lejos del árbol”, pensé, en comunión con mi madre.

Una tarde de invierno lo seguí con el auto: él estacionó el suyo, caminó unas cuadras y se detuvo frente a un portón de hierro negro de la calle Francisco Bilbao al 3300, en el barrio de Flores. Yo lo observaba desde la vereda de enfrente, ocultándome detrás de un árbol. Cuando creí que iba a entrar, se dio vuelta, cruzó la calle a paso veloz y con tono firme me dijo:

— ¿Querés saber? Vení.

Ante mi gesto paralizado, me tomó con fuerza del brazo y con decisión me llevó hasta aquella entrada. La chicharra franqueó el ingreso y, una vez adentro, esperamos en un hall pequeño vigilado por varias cámaras. Habló discretamente por un teléfono interno. Se abrió una puerta pesada e ingresamos en un despacho lúgubre revestido en madera, con clásicos muebles vieneses. Atilio me hizo sentar en un sillón de cuero verde, a una distancia prudencial del escritorio que estaba en penumbras. Todo infundía un respetuoso temor.

Una voz grave, detrás de aquella oscuridad, comenzó a hablar. No podía ver la cara pero sentía el peso de su poder.

— Bueno Luis, aquí no interesan los parentescos. Sí que se obedezcan las órdenes. Cuando las recibas, no hay lugar para las dudas.

— ¿Pero de qué se trata...?

— Te irás enterando, ya te dirán. Confío en que harás bien tu parte y no pondrás en riesgo a tu familia. Es para beneficio de todos. Y dio por terminado el encuentro.

Yo me preocupaba en disimular el frenético temblor de las piernas y la transpiración que, generosa, corría por mi cara. Me sentí empujado, no tuve tiempo de nada.

Recién reaccioné al subir al auto, cuando en el asiento del acompañante observé que alguien había dejado un par de papeles de colores, de esos comunes que se usan en las oficinas para anotar pequeñas cosas.

— Seguí exactamente las instrucciones. Me comunicaré con vos. Si hacés lo que dice ahí, no tenés de qué preocuparte — me había dicho mi primo en la despedida.

Tardé un rato en darme cuenta de que figuraban cifras de cuatro, tres y dos números dispuestas por orden. Junto a ellas estaban las abreviaturas: vesp., mat., noct. Más abajo, distintas direcciones,

un valor en dinero y la fecha.

Entendí que se trataba de jugadas de quinie-la, dónde y cuándo debía hacerlas y cuánto dinero debía apostar a cada una.

Las abreviaturas significaban matutina, vespertina o nocturna.

Al comprenderlo dejé de temblar.

Los locales estaban diseminados por distintos barrios. Aquel día lo consagré a realizar todas las jugadas indicadas. El resto de la jornada, a seguir los resultados. Efectivamente, habían salido todos y en ese orden. Los premios rondaban los veinte mil pesos.

A las ocho de la mañana del día siguiente sonó mi celular.

— Mañana a la noche, vení a casa con todo.

El jardín de invierno de la casa de Atilio conservaba un aroma a mezcla de flores y café que le daba una calidez que no esperaba.

Me recibió sonriente. Nos sentamos en sillones de mimbre de respaldo monacal.

— Dámelo — extendió la mano decidida.

Saqué el sobre de papel madera envuelto en una gomita.

El modo con que lo recibió denotaba hábito. Aunque para él era importante, había cierta falta de respeto en el manejo de la suma, un exceso de confianza en el trato con billetes. Lo contó y separó un

fajo que me extendió.

—Para vos. Bien hecho.

No sabía si agradecerle. Recuperé la inversión y había ganado algo. Atilio sonrió, apuntó su índice contra mi pecho y me dijo en tono paternal

—Seguí así, te va a ir bien.

II

Sentado en uno de mis bares favoritos en plaza Lavalle, mientras miraba por la ventana y revolvió distraídamente el café, recordaba las clásicas discusiones con mi madre. Solía reprocharme mi falta de coraje: “No seas como tu padre, que toda su vida se quedó en el mismo lugar; el que no arriesga no gana”. Mi sonrisa cambió cuando el mozo me entregó un sobre blanco. En su interior, idénticos papeliitos con similares indicaciones.

El muchacho no identificó quién lo había dejado.

El mecanismo se reiteró durante semanas en distintos bares. Allí donde me sentara, siempre venía alguien insospechado: un canillita, un chico de la calle, un mozo.

Las apuestas, ganadoras. Mi situación económica mejoraba. Con cada entrega de dinero me llevaba una parte, pero sabía que me vigilaban. La organización controlaba cada uno de mis pasos.

Una mañana, a las órdenes habituales se sumó una diferente: la dirección de un casino en Mendoza, un número de mesa de ruleta, una fecha, una franja horaria, apuestas bien detalladas con su correspondiente monto.

Debía viajar temprano, el miércoles siguiente, pero una reunión impostergable con un cliente perseguido por la AFIP me obligó a buscar un vuelo que saliera por la tarde.

El avión salió con mucha demora y la llegada se retrasó. Pude apostar pero fuera del horario indicado. Luego de perder las primeras cuatro posturas, entendí la importancia de la precisión en el cumplimiento de las órdenes. No sólo no había ganado sino que, además, perdí la mitad del dinero producido por las ganancias de la lotería.

Durante el regreso ensayaba las explicaciones posibles que no resultarían.

Al llegar, un patrullero estacionado en la puerta de mi edificio me sobresaltó. Corrí hasta el departamento. Carmen, llorando, le describía a la policía el aspecto de mis dos hijos menores, Sebastián y Diego, que no habían vuelto del colegio. Habían transcurrido más de dos horas desde el momento en que debían de haber llegado. Al borde de la desesperación, salí a la calle. Coincidí con la llegada de Atilio, que traía a mis hijos. Había pasado a buscarlos para dar una vuelta y tomar helados. A

Carmen, la indignación la desbordaba. Me interpose para evitar un escándalo público. Le prometí a ella que luego hablaría con él. Íntimamente, yo había entendido el mensaje.

Al día siguiente en el jardín de mi primo, le sacudí mi propio índice ante su cara relajada, pero antes de que pudiera descargar todo el enojo, él dejó ver un arma al costado de su cintura que me hizo retroceder.

—Seamos civilizados, Luis. Todo estuvo claro desde el principio. Vos sabés que no estoy solo. Yo también debo rendir cuentas.

—Con los hijos no se jode.

—No hay nada personal, se trata de negocios. Sólo tenés que hacer lo que se te indica.

—¿Para qué necesitan a un pichi como yo?

—Es bueno tener gente con ganas de progresar. No es peor que cualquier trabajo, sólo que no se puede cambiar por otro. Se está adentro o se está afuera – pronunció esta última frase mirándome con gesto amenazante -. *A nosotros* – lo remarcó con énfasis – nos viene bien que haya muchos que apuesten. Necesitamos que tengan *nuestra* camiseta. Alguien tiene que ganar, ¿no te parece? – Y sonriendo afectuoso, aflojó su mirada, puso su mano sobre mi nuca -. ¿Cómo te está yendo desde que empezaste? ¿No te va mejor?

—Si..., pero...

—¿Entonces? Más vale una vida de aventuras que otra desventurada - Se sentó en el sillón de siempre.

Si algo me faltaba era cambiar un personaje sentencioso por otro. Reconocer ese rasgo familiar me horrorizó.

—Con relación a tu psicólogo...

—¿Qué pasa?

—No vas a ir más. No podemos arriesgarnos.

No te preocupes, ya lo arreglamos.

—¿Cómo que lo arreglaron?

—Sí, alguien llamó para avisarle que te ibas de viaje por un tiempo. Por negocios. ¿Qué más querés? Te vas a ahorrar un montón de guita.

—¿Tengo que agradecerte?

—¿Por qué no? Tan útil no fue. Bueno, me parece... No te enojés, es una broma.

Solía reclinarsse apoyando la cabeza en el gran respaldo.

—Dame lo que tenés.

Repitió el gesto rutinario. Cambió el tono amable por otro imperativo.

—El viernes devolveme lo que falta, más la ganancia que no hubo.

—Bueno, no fue culpa mía, los aviones.

—Si no hay aviones hay micros, si hay dudas de poder llegar, se sale antes. *Se hace lo que se tiene que hacer*. — La ira le estallaba en el rostro, enrojeciéndole los ojos -. El viernes te espero.

Juntar el dinero no me resultó tan difícil como creía. Algunos amigos fueron generosos. Sabía que, con las ganancias de mi nuevo “trabajo”, se los devolvería en poco tiempo. Pero me preocupaban más las otras pérdidas, la del control sobre mi vida, la de mi intimidad y, especialmente, la sensación de que nunca, nunca podría dejar la “organización”.

III

Las frases de Atilio eran parte de nuestros encuentros. Sin que él lo supiera, era una cruel repetición del espíritu de mi madre. “Nadie hace el dinero trabajando”, me recordaba cada vez que podía, mientras servía el vermouth. El estrés, me había ganado. Durante distintos momentos del día me ausentaba mirando la nada. Los ruidos habituales me sobresaltaban y el sueño no acudía sino hasta altas horas de la madrugada.

Carmen había notado los cambios. Me veía menos comunicativo con ella y con mis hijos. Comenzó a sospechar que tenía otra mujer. Me esforcé por ocultar la nueva situación. Sabía que debía contárselo, pero temía que pudieran escucharme. No tenía dónde hablar. Ni siquiera en un café.

La invité un fin de semana a Mar del Plata, allí podríamos tener la intimidad adecuada.

Al registrarnos en el hotel, el conserje me entregó un sobre, como los que ya conocía de memo-

ria. Papeles comunes, impersonales que cualquiera podría escribir. Esa noche debía ir al casino a cumplir las órdenes.

En la habitación me encerré en el baño y el llanto fue tan explosivo que Carmen, conmovida, no supo qué decir.

Mientras caminábamos por la peatonal, compré un anotador y un libro, entré al baño de un bar y escribí todo lo que me estaba pasando. Lo encabezé con la siguiente frase: *Carmen, lee esto en silencio sin que nadie te vea, no repitas nada de lo que dice aquí.*

Introduje las notas entre las páginas del libro y se lo di.

—Esto es para vos. Te pido por favor que leas lo que hay aquí dentro —y señalé mi pecho.

IV

El disgusto de mi mujer estaba a flor de piel, pero entendió el riesgo que corríamos: no teníamos alternativas y, así como los conflictos internos de un país se acallan para pelear contra un enemigo común, Carmen y yo nos unimos.

Establecimos una comunicación paralela: una oral, para desorientar a nuestros perseguidores y otra escrita, para armar nuestro plan.

Ella es investigadora científica. Acostumbrada a desarrollar un método, a la observación, a sacar

conclusiones, rápidamente se transformó en líder.

Por la mañana, antes de salir, le escribía en un papel la dirección del bar al que iría. En el baño de algún boliche, Carmen se disfrazaba con ropa deportiva holgada y anteojos de sol. Se transformaba en un personaje difícil de reconocer. Desde la vereda de enfrente de donde yo tomaba el café, custodiaba con disimulo. Así identificó a un personaje gordo de bigotes, con aspecto de policía, que entregaba el sobre a un mensajero. Verificaba que estuviera en mis manos, se metía en un auto y se iba.

Hacíamos la misma operatoria cuando realizaba las apuestas. Ella identificó a otro personaje que me seguía hasta que yo concretaba las jugadas. Este era pelirrojo, medio calvo.

Dedujimos que, el día en que me entregaban el sobre se establecía una cadena de vigilancia que comenzaba en la puerta de casa y terminaba cuando cobraba las jugadas. Era un círculo que se iba cerrando hasta que se entregaba el dinero. Un trabajo profesional, hecho tantas otras veces y repetido hasta el cansancio.

Al saber cómo estaban organizados, Carmen tomó más precauciones para no ser descubierta; iba hasta el laboratorio, se cambiaba y se escabullía por una salida trasera. Me mandaba un mensaje de texto cuando llegaba al bar.

Muchos de los intentos de seguir a nuestros seguidores fueron infructuosos. Yo sentía que mi

voluntad se quebraba y dejaba que ella tomara la iniciativa. Así empezó a seguir a cada uno de ellos. Lo hacía en taxi, de a uno por vez. Lo repitió hasta descubrir que el gordo volvió a la calle Francisco Bilbao y el colorado a la casa de Atilio. Nueva conclusión: las órdenes venían de la casa de Flores, el cerebro de los números debía ser aquella voz misteriosa. El recaudador era Atilio. En algún momento debían encontrarse.

Nuestros reportes eran breves. Inmersos en la angustia, la gran novedad de cada día era que seguíamos vivos.

En las eternas horas de insomnio, sobrevenían, en un alud aplastante, torbellinos de conclusiones y lecciones mal aprendidas. En esa desesperación dictaba mis propios mandamientos: no imitar la felicidad ajena, no dejarse deslumbrar por brillos fatuos, no escuchar más la voz de mi madre. La lista seguía hasta que un tenue cansancio provocaba el sueño que había dejado de ser reparador.

La investigación nos hizo descubrir que Atilio llevaba el dinero a la calle Bilbao. Desde allí se transportaba en un auto oficial hasta una casa misteriosa. Supimos que era la vivienda del secretario del Ministro de Seguridad Social. Nos detuvimos. ¿Qué más necesitábamos saber? Un poder detrás de otro como las capas envolventes de la cebolla.

La maquinaria infernal mostraba una parte

del engranaje: nosotros, últimos resortes fácilmente desechables. Entonces desistimos; no sabíamos qué rumbo seguir. Todo intento chocaría contra una muralla de complicidades.

Dejamos de escribir planes ya inútiles.

Largos meses después de haberme iniciado en la organización, sucedió lo inesperado. Con las elecciones de ese año, hubo un cambio de gobierno. Una mañana recibí el llamado de Atilio. Me citó en su casa para informarme que había cambiado de funciones, que las entregas de sobres ya no se producirían.

—Gracias por avisarme.

—Ahora voy a hacer otra cosa en otro lado...

—No quiero saber. Te agradezco pero quiero retomar mi vida normal.

—Es que no iba a ofrecerte nada, sólo avisarte. Tal vez si...

—No. Por favor, así estoy bien. Aprecio tu intención. Pero necesito volver a lo de siempre.

—Como quieras.

Nos abrazamos y nos despedimos.

Al salir de su casa, las lágrimas me regresaban al cuerpo que me había sido arrebatado.

Con el dinero acumulado nos mudamos. Palermo es un barrio de libertad, aunque no sé por cuánto tiempo.

Una noche, mientras Carmen y yo cenábamos en un restaurante de la zona, vimos en la mesa de al lado, un hombre que recibía un sobre blanco idéntico a los que solían entregarme. Pagamos nuestra consumición y salimos veloces hacia el mundo nuevo. Caminamos abrazados un largo rato. Al día siguiente debía levantarme temprano. Que esa decisión dependiera sólo de mí, me hacía feliz.

El restaurador

Mi trabajo es difícil de clasificar. Cuando llegué al barrio, colgué una silla rota en la puerta del taller. Me resultaba más cómodo que poner un cartel de “Arreglo sillas” o “Arreglo muebles”. Me gustaba hacer que las cosas volviesen a funcionar, pero poner “Restaurador” me sonaba un poco sofisticado.

El taller era amplio: una sierra, una mesa grande, pedazos de madera por todas partes, una fila de sillas como promesa de un buen trabajo, y una luz que, espesada de aserrín, atravesaba agujeros y ventanas para dibujar claroscuros caprichosos.

Tal vez porque la gente de este barrio tenía tiempo, pasaban horas observándome trabajar inclinado sobre la madera. Entonces la conversación surgía natural, como un placer que disolvía la rutina. Las voces y los oídos que aquí se prestaban se multiplicaban afuera.

Un día vino Lola, la señora de enfrente. Le pregunté por su hijo Roli, a quien hacía mucho que no veía. Me contó que el nene estaba mal, que no iba al colegio: una fiebre sin origen claro lo tenía muy decaído. En el hospital no supieron acertar con el diagnóstico. Ni radiografías, ni tomografías, ni nada había dado en el clavo y el pibe estaba cada vez peor. Ella era soltera, trabajaba por horas limpiando casas, y como estaba faltando mucho, le dije que me lo dejara medio día, que a mí no me molestaba, al contrario: por la mañana estaba bastante tranquilo y no entraba tanta gente.

Al chico se lo veía flaco, débil, seguía con fie-

bre y muy caído. Le preparé un silloncito, lo tapé, le serví un té. Me partía el alma verlo así. Le acaricié la cabeza mientras lo tenía entre mis brazos. Deseaba que se curara.

A mis cuarenta años, no podía rezar. Nunca tuve fe, la perdí de muy joven y sigo así hasta el día de hoy. Lo tenía al Roli ahí a mi lado, hecho una piltrafa. La verdad, pensé que se moría.

La cuestión es que lo tuve un rato apretado contra el pecho hasta que apareció Beto, un vecino de a la vuelta, que traía una mesita de luz para arreglar. Se asombró de verme con los ojos llenos de lágrimas, y creyó que yo estaba en trance o algo por el estilo. Le aclaré lo que pasaba.

Cuando la mesita de luz estuvo lista, Beto volvió a buscarla.

Mientras charlábamos, apareció Lola con su chico. El pibe estaba muy bien, parado al lado de ella que lo tenía agarrado de la mano.

— Vengo a agradecerle lo del otro día.

— No es nada Lola, por suerte se lo ve bien al Roli.

— Gracias a usted.

— Yo no hice nada.

— Nada no. Lo curó.

Lola tenía los ojos húmedos. Me abrazó y lloró. Yo sentí su temblor y no supe qué hacer.

— Mire Lola, no tiene nada que agradecer. Sólo le hice un té al pibe.

Y Beto, de metido que es, tuvo que hablar.

— Bueno, la verdad es que yo vi que algo hizo. No sé qué, pero lo tenía de una manera que algo le cambió. Mirá, está fenómeno el pibe.

— Mire Roque, yo le voy a estar siempre agradecida. Así que le quiero dejar esto.

Abrió un paquete dentro del cual había un crucifijo de madera oscura.

— Pero no Lola, no me deje nada.

— Le pido por favor, Roque. Acepte, es un atención nada más.

No quise decepcionarla. ¿Cómo explicarle que no creía en Cristo ni en nadie? Pero ella estaba contenta y eso me hizo bien. Le agradecí.

Beto me trataba de otra manera. ¿Creía que yo tenía poderes o que guardaba algún secreto que no quería contarle?

Dos días más tarde apareció el mismo Beto con una chica joven, de unos veinte años, bonita, rubia. Él se acercó para decirme:

— Fijate si la podés ayudar.

Me di cuenta de que había un malentendido, pero no quiso escuchar.

La chica tenía unas manchas raras en la piel, algunas en la cara. No sé nada de medicina, pero eso lo tenía que tratar un médico. Ella me miraba callada, suplicándome. Le dije que tenía que ir al hospital pero no quiso saber nada. Yo no sabía cómo salir de la situación. Tanta tristeza y tanta esperanza apun-

tándome a los ojos no me dejaban retroceder.

– Roque, vos hacé lo mismo que con el pibe.

– Pero Beto, yo no hice nada con Roli. Estás equivocado.

La chica se puso a llorar. Le pasé la mano por la cara. Quise consolarla, ella me besó las manos, se tranquilizó. Le pedí que me disculpara, le dije que yo no tenía poderes ni nada. Pareció comprender.

A los tres días regresó a mostrarme que tenía la piel bien, que todo se le había ido. Estaba feliz. Me daba veinte pesos, que rechacé varias veces hasta que terminó dejándolos sobre la mesa. Me sentí un estafador.

A la semana el taller se había transformado en una romería. La exposición de sillas se convirtió en una sala de espera. Tuve que poner una cortina para tener algo de privacidad. Hice muchos intentos para explicar lo que nadie estaba dispuesto a escuchar. Yo estaba convencido de que esto me traería problemas pero a ellos no les importaba. Me convertían en alguien que yo no era ni había querido ser.

Con el correr de los días, paraban en la puerta autos lujosos con toda clase de gente; tenían la misma desesperación en los ojos.

Querían que los tocara, que les pasara una mano por el cuerpo. Ansiaban salir del dolor, se me acercaban para sentir que se podían curar con mi contacto. Yo no tenía ningún poder, lo tenían ellos.

Siempre dejaban algo: dinero, ropa, comida.

Yo rechazaba y todos insistían. Sabía que era un fraude y que hacía algo que estaba mal.

Un domingo me levanté temprano. Guardé mis cosas en la valija y me fui a la estación de tren. Era mi única salida. Todo seguía creciendo, no me quedaba otra. Decidí irme lejos.

Por la ventanilla veía tanto poblado miserable, tanta gente de la que nadie se ocupaba... Y yo también los estaba abandonando. Entonces pensé: “¿Por qué no? ¿Por qué inhibirse de hacer el bien?”.

A los dos meses de haber regresado, Beto se transformó en mi secretario. El taller es ahora una gran sala de espera. El crucifijo que me dio Lola está encima de una mesita en donde cada uno ofrece lo que quiere. La gente entra como a un santuario. Me llaman “Roque, el carpintero”, pero sigo siendo “restaurador”. Ellos creen. Se van con una sonrisa esperanzada que nos hace bien. A ellos y a mí.

El cuaderno

Aquella tarde lluviosa me esforzaba en acomodar la biblioteca dentro de los canastos de mudanza. Detrás de los libros de medicina, pesados, interminables, apareció, solitario, el cuaderno forrado en papel araña verde. Conservaba la indeleble huella de los dedos de mi padre, que alguna vez había dejado mientras lo revisaba. Sabía que al abrirlo reviviría ese tiempo, por eso dudé, pero la tentación por la melancolía me llevó a recorrer sus hojas, que se iniciaban con una letra pequeña, prolija, hasta transformarse en un álbum de jugadores de nuestro River.

El sonido de las gotas seguía pegando en la ventana. Se me hicieron presentes las manos de mi papá, ásperas como su autoridad. Habían sido inculcadas en el taller mecánico con la disciplina del trabajo y la lealtad de no fallarles a los clientes. Los domingos, él me sujetaba con firmeza en el colectivo repleto de hinchas que, como nosotros, iban a la cancha de fútbol a compartir el amor por los mismos colores.

Cruzábamos el portón del estadio con paso apurado, siguiendo la marea ansiosa. Escalábamos hasta lo alto de la tribuna y, cuando el verde por fin estallaba ante nuestros ojos, las banderas y los gritos se hacían cómplices de nuestro júbilo silencioso. Me emocionaba tanto, que él creía que yo estaba asustado y me alzaba. La verdad es que no sabía cómo agradecerle por dejarme participar de esa gloria y entonces sonreía para tranquilizarlo.

Solíamos ocupar siempre el mismo lugar en

la tribuna. Él preparaba nuestros asientos sacudiendo los restos de polvo con su boina, encendía un cigarrillo y, cuando se sentaba, parecía contento de poder ser un chico igual que yo.

Señalaba jugadores mientras pelaba maníes que devorábamos libres de los reproches de mi madre. Era una alegría nuestra.

Aquella tarde celeste fuimos más temprano porque, si River empataba, podía ser campeón después de diez años sin lograrlo.

Al comenzar el partido, estábamos muy nerviosos y apretados por tanta gente que había. En el segundo tiempo, el otro equipo, de camiseta verde, convirtió un gol, y la cara de papá se puso muy seria. Él se sumó a todos los que insultaban a los jugadores. Miraba su reloj y fumaba mucho. De pronto, el griterío rugió un penal.

— Sobre la hora — dijo el que estaba a mi lado.

Nos paramos para ver quién iba a patear. El jugador se puso frente a la pelota. Tomó una carrera larga. Hubo un gran silencio. Todos estuvieron por gritar, pero el grito se ahogó. La pelota había ido afuera, y los brazos levantados atenazaban las cabezas, que ya no se interesaban en el campo de juego. Lo miré a papá. Repentinamente, se tomó el pecho y cayó para atrás, recostado sobre los vecinos que trataban de contenerlo. Algunos hicieron un espacio a su alrededor y agitaron los diarios para mover el

aire que él parecía necesitar. Un señor me llevó a su lado. La gente iba y venía. Una oscuridad lo inundó todo. Yo veía piernas que se arrodillaban y, sin saber cómo, corrí detrás de un grupo que gritaba “abran paso” y subimos a una ambulancia que hacía sonar la sirena. En esa época me gustaban los autos con sirena, pero no sabía que daba tanto miedo viajar ahí dentro.

Esa noche, mi tío vino con mamá al hospital para llevarme a casa. Recuerdo su seriedad durante el viaje, su silencio. Él, que jugaba siempre conmigo, ocultaba su llanto mientras me llevaba abrazado. Eso me asustó tanto como lo que había ocurrido.

Unos días después volví a visitar a papá. En la sala llena de camas, él ocupaba una al lado de la ventana. Cuando lo saludé volvió a sonreír, y creo haber sonreído también, y nos alegramos juntos. Le tomé una mano, que estaba más blanda. Hablaba bajito y dijo:

— Estudiá y portate bien.

En casa, mamá intentó explicarme que papá descansaría allá unos días.

Yo quise saber si íbamos a poder ir otra vez juntos a la cancha, pero no contestó.

Una semana después, volvió. Hablaba siempre en voz baja y se quedaba acostado todo el tiempo. Revisaba mi cuaderno. Me ayudaba a hacer los deberes.

Una tarde, parecía dormido, con un brazo

que colgaba al costado de la cama. Mi cuaderno de clases había quedado apoyado sobre su mano, tocando el piso. Mamá se acercó y lo llamó, pero él no se despertó.

Cuando se fueron, el cuaderno seguía tirado, así que lo levanté y lo guardé. No sabía el motivo pero al día siguiente quería otro. Y lloré, lloré tanto que me lo compraron.

Usé el cuaderno nuevo para ir al colegio y el de clases para pegar las fotos de los jugadores de River que recortaba de las revistas.

Ahora no sabía dónde guardarlo.

Los libros de medicina habían ocupado un canasto entero. Busqué un hueco y allí lo dejé. Él me había pedido que estudiara, y le hice caso.

Necochea

Marisa y yo ansiábamos tener un hijo. Nuestro matrimonio cumplía ya siete años, y la frustración por no lograr un embarazo hacía que el resto de los asuntos parecieran menos importantes. Casi por cumplir cuarenta, ella se torturaba ante la imposibilidad de ser madre luego de habernos sometido a infructuosos tratamientos. Adoptar no la convencía del todo. Prefería intentar la búsqueda durante un tiempo más. Un tiempo impreciso y agobiante.

Yo quería salir de ese monotema y, para cambiar el paisaje, le propuse ir unos días a Necochea, una ciudad de playas generosas y abiertas; tal vez imaginando que esa amplitud podía desalojar de nuestras mentes el encierro en el que vivíamos.

Llegamos una mañana soleada de marzo. Dejamos el equipaje en un hotel, donde el conserje prometió habilitar nuestro cuarto por la tarde, y nos fuimos a caminar por la orilla del mar. La brisa, el olor de la arena, el horizonte abierto nos transmitían una alegría que hacía mucho no compartíamos. Nos sentimos jóvenes nuevamente.

Veía a Marisa de otra manera. Se había renovado ante mis ojos. Me atraía como una novedad. Quería preservarla así para siempre, sin envejecer ni engordar ni ver las huellas que la maternidad dejaría en su piel. No podía confesárselo. Eso mismo pretendía para mí: eternizar ese momento, esa alegría que los años corren y deterioran, como al cuerpo.

Hicimos el amor con la pasión de los primeros encuentros, olvidándonos de la carga de tener que engendrar. Estábamos plenos sintiéndonos gozar, descubrimos sonidos nuevos, abrazos protectores.

Por la noche la ciudad parecía abandonada. Era 10 de marzo. Muchos negocios habían cerrado sus puertas al dar por finalizada la temporada veraniega.

El hotel en donde nos alojábamos también había quedado vacío. Éramos los únicos habitantes del edificio. Al regresar del paseo, el lobby, con su gran comedor a oscuras, replicaba una escenografía de película de terror. El sereno, para evitar quedarse solo por nosotros, nos había dado una llave de la puerta de calle para que pudiéramos entrar y salir según nuestra comodidad.

Los ruidos desconocidos, aunque fueran leves, se agigantaban en esa desolación y no nos dejaron dormir. Imaginamos escenas de películas policiales en las que un asesino subía sigiloso por las escaleras y actuaba a su antojo, sin que nadie acudiera en nuestro auxilio. Bromeábamos con esas fantasías tenebrosas como un modo de exorcizar nuestro temor infantil. En medio de la vigilia, nos prometimos buscar un alojamiento más placentero al día siguiente.

Por la mañana, luego de desayunar, anunciamos nuestra retirada. El conserje se mostró sorprendido, aunque pareció aliviado de que por fin él

mismo podía liberarse del trabajo y tomarse unas vacaciones. Fuimos sinceros al decirle que preferíamos un lugar más acogedor. Él nos sugirió algunas pensiones menos lujosas, pero que tal vez tuvieran las características que buscábamos. Se encontraban al finalizar la ciudad y más allá del parque Miguel Lillo; sólo se accedía caminando. Hacia allí fuimos.

Aquella mañana anduvimos una eternidad. Bordeamos la costa hasta llegar al final de las últimas construcciones. Más adelante, a una distancia que no parecía lejana, se dibujaba un grupo de casas de madera muy coloridas. Sin embargo, a medida que avanzábamos, la meta parecía alejarse y el esfuerzo de cargar nuestras mochilas nos iba quitando fuerzas.

Habíamos iniciado la marcha cantando canciones de nuestra infancia; pasamos por todo el repertorio de Charly García, Fito Páez, León Gieco. Al cabo de una hora, estábamos en silencio. Maldecíamos risueñamente nuestra decisión.

Al doblar por un sendero que trepaba un barranco, nos encontramos con una cabaña de madera con un pórtico y un columpio en la galería. Estaba pintada de color rosa fuerte. Las barandas y las aberturas eran blancas. La descripción coincidía con la que nos había dado el conserje del hotel. Tocamos el timbre. Esperamos unos largos minutos, pero no hubo respuesta. Vimos que unos metros más adelante había otras construcciones similares. Todas es-

taban sobre una loma y tenían una hermosa vista al mar.

Caminamos hasta la siguiente cabaña, pero tampoco nadie atendió. Con el poco aliento que nos quedaba, llegamos a la última del grupo: una casa totalmente blanca, de estructura idéntica a la primera, con techo pizarra a dos aguas. Unas llamativas flores de color naranja intenso rodeaban el amplio y cuidado jardín. Parecía deshabitada, como las otras. Sin embargo, al tocar el timbre, con pocas esperanzas de que alguien nos atendiera, vimos la silueta de una mujer mayor que caminaba con paso firme hacia la puerta.

— Buenos días.

— Buenos días, señora. Nos dijeron que aquí alquilan habitaciones. ¿Es así?

— Claro.

El pelo muy blanco, igual que su piel —muy tersa para su edad— y su sonrisa armonizaban con el entorno. Sus ojos celestes contagiaban cordialidad.

— Pasen por favor. Véanla. Si les gusta, podemos arreglar un precio conveniente para ustedes y para mí.

En el interior había un pequeño hall con espejos y, al ingresar al living, unos sillones de madera clara con almohadones azules ocupaban el centro y ofrecían una imagen muy agradable. El otro sector se completaba con un juego de comedor de caoba con los típicos mesa, sillas y apa-

rador que mostraban la antigüedad de su dueña. Los amplios ventanales ejercieron una atracción que nos magnetizó. Nos quedamos contemplando ese verde inmenso que estallaba rítmicamente frente a nosotros.

No nos importó que el dormitorio fuera estrecho y que el baño estuviera en el pasillo. Había armonía en esa casa. Todo parecía estar organizado con paciencia. Luego de un desganado regateo con Betty, la anfitriona, acordamos por diez días de estada un precio razonable.

La mañana siguiente fue muy soleada, y se imponía salir a caminar por la playa. Por la tarde, una lluvia intensa se descargó sobre nosotros. No teníamos dónde resguardarnos y el viento azotaba todos los rincones. La temperatura descendió bruscamente. Durante un rato soportamos el frío hasta llegar a la reconfortante pensión.

Betty nos calentó sopa. Sentimos que el cuerpo volvía a acomodarse. Ella era una mujer que aparentaba setenta años. Era maciza, vestía colores claros que la rejuvenecían y le daban un aire santurrón. Parecía una abuelita de cuento de hadas, con un modo de hablar cadencioso y un leve acento extranjero. Su voz denotaba una edad mucho mayor. Había algo disonante en ella, algo que no armonizaba. Quizás un gesto de bondad excesivo. O tal vez fuéramos nosotros, urbanos empedernidos, los que desconfiábamos de todo para resguardarnos de las habituales decepciones. Sin em-

bargo, tanta buena apariencia me resultaba engañosa.

Ya en la habitación, antes de dormir, mi cuerpo temblaba. Escalofríos intensos me hacían tiritar de tal modo que la cama se estremecía al compás de mis movimientos.

Afuera seguía lloviendo y Marisa no sabía qué hacer. Luego de darme los pocos analgésicos que habíamos llevado, yo seguía volando de fiebre y la cama era un tembladeral que la atemorizaba.

De pronto, con dos golpes firmes, alguien llamó a la puerta. Mi mujer, asombrada, primero la entreabrió y luego la franqueó, al descubrir que Betty traía un gran cuenco humeante sobre una bandeja de madera oscura. Mis convulsiones eran tan fuertes que no podía sujetar con mis manos ese tazón. Entre las dos lograron que fuera sorbiendo con lentitud hasta concluirlo. Tenía un sabor cítrico muy astringente.

Al cabo de unos minutos me sentía bien. Los escalofríos habían desaparecido junto con la fiebre. Mi estado era estupendo, algo cansado por tanto temblor, pero renovado. La vi a Betty parada cerca de la puerta, sonreía con suficiencia.

Marisa me miraba sin poder creer mi gran recuperación.

— ¿Qué le dio? — preguntó por fin.

Ella sonrió, nos miró a ambos y luego de un silencio dijo:

— Es un secreto de abuela. Uno de los tantos remedios caseros.

— ¿No nos va a decir?

— Lo sabrán en su momento. Ahora es tarde. Que descansen.

Le agradecemos, ella volvió a sonreír y cerró la puerta con suavidad. Escuchamos sus pasos hasta que llegó a su habitación.

Marisa, antes de dormir, no podía dejar de preguntarse como había sabido Betty que yo necesitaba un té. Y con esa duda encendida, apagamos la luz.

La mañana siguiente fue lluviosa. El clima invitaba a las caricias. La intemperie era agresiva, y el adentro, enternecedor. Las gotas en la ventana corrían su carrera barranca abajo, y nosotros seguíamos en silencio esos recorridos. Yo me sentía muy bien. Los restos de la gripe habían desaparecido. Cuando salimos al comedor, sobre la mesa nos esperaba un abundante desayuno que devoramos con alegría. Betty no estaba visible y nos sentimos en deuda por ese gesto tan amoroso.

La vista desde el ventanal hacia la tormenta nos entretuvo durante un largo rato. El gris del cielo, tan pesado, se fundía sobre el mar. Marisa, pensativa, atinó a formular otra vez la pregunta:

— ¿Cómo supo Betty? ¿Qué tenía ese té?

— Me pareció que Ignacio no estaba bien cuando se fueron a la habitación — dijo la señora desde el pequeño hall.

Nos sentimos sorprendidos por su voz, que al principio no sabíamos de dónde venía. Luego se fue haciendo presente al acercarse hacia nosotros.

— Parece que estás bien, ¿verdad? — dijo.

— Sí — dije. Marisa y yo nos miramos con incomodidad—. Gracias. Queríamos agradecerle, pero no sabíamos que estaba en la casa.

— Y el té, como les dije, es un secreto. Sólo les puedo decir que tiene propiedades poco comunes.

— ¿Cómo cuáles? — dijo Marisa, inquisitiva.

Betty sonrió, se acercó a la ventana. Hizo un silencio. Tenía puesto un delantal celeste y una camisa blanca. Su imagen se reflejaba en el vidrio húmedo, y la mirada se concentraba en sí misma.

— Hace bien a la salud — rió, mirándonos de frente.

Con Marisa no entendíamos tanto misterio.

— Me di cuenta. Me recuperé muy rápido.

— ¿No es increíble? Ya lo irán conociendo. ¿Quieren comer algo más?

— No, gracias. Estaba todo muy rico — contestó mi mujer.

— Hoy lloverá todo el día, así que pónganse cómodos. Tienen el televisor allí y unos juegos de mesa en el aparador.

Dormimos la siesta. Cuando nos despertamos eran las cuatro de la tarde. El viento seguía soplando

con fuerza. Nosotros no sabíamos qué más hacer.

En el living, Betty, sentada en uno de los sillones, tejía algo que parecía una bufanda.

— Siéntense. Allí están los juegos de mesa. El Backgammon es uno de mis preferidos — invitó. Pronunció "*bacgamen*".

— Bueno. El día se presta para eso. ¿Cuánto durará esta tormenta? — pregunté.

— Un par de días más.

— ¿De dónde es usted, Betty? — dijo Marisa, mientras yo iba hasta el aparador.

— Ya soy de aquí, pues hace mucho que estoy, pero soy original de Inglaterra. ¿Aún se me nota el acento?

— Sólo un poco. Me pareció. Es que soy profesora de inglés y tengo el oído atento a las pronunciaciones — sonrió mi mujer.

— ¡Qué bien! Alguien que domina mi lengua materna. Aunque ya casi no la hablo. ¿Trabajas en algún colegio?

— Doy clases particulares.

Extendí el juego sobre la mesa ratona, desplegué las fichas, y comenzamos la partida.

Al rato, la señora trajo dos tazas de té y un plato de *scones*.

— Es una costumbre que no he perdido. Son las cinco: *The five o'clock tea*.

Tenía el mismo sabor que el que había bebido por la noche. A Marisa le parecía muy reconfortante. Todo estaba

delicioso y se lo hicimos saber. Ella sonrió con pudor.

—No deben agradecerme, me alegra tenerlos aquí. Son unos jóvenes amorosos y me hace bien hospedarlos en mi casa.

—¿Y cuánto hace que vino aquí, y por qué Necochea?

—Hace mucho que he llegado a esta tierra. Mucho.

—¿Extraña?

—A veces —murmuró, y se quedó pensativa.

Ella retomó su tejido, tal vez para evitar que siguiéramos preguntándole. Nosotros volvimos al juego y por un rato sólo se escuchó el rodar de los dados contra el tablero de madera.

Como si el silencio hubiera servido de disparador, Betty preguntó:

—¿Qué edad me dan? Se quedó mirándonos expectante.

Dudamos antes de contestar. Los dos sabíamos que teníamos que bajarle cinco años al cálculo estimado para evitar ofenderla.

—Sesenta y cinco —dijo Marisa.

—Sesenta y tres —dije, para ser más galante.

Betty estalló en una carcajada poniéndonos al descubierto.

—Vamos, no sean tímidos, por no decirles mentirosos. Exageren lo que piensan.

Nos desconcertamos por un instante y, para redoblarle la apuesta, me adelanté a Marisa:

—Ochenta y cinco.

—Ochenta —apostó mi mujer.

Ella volvió a reír.

—Ustedes son muy buena gente. Tal vez un poco ansiosos, pero buena gente. No se imaginan la edad que tengo. Se levantó y fue hasta su dormitorio.

Al cabo de unos instantes, vimos venir otra vez a nuestra anfitriona con un antiguo libro bajo su brazo. Se adivinaba en su gesto la satisfacción de contar con la atención de un público cautivo. Nosotros maldecíamos al mal tiempo que nos impedía salir y, resignados, sonreímos amablemente.

Volvió a ocupar su lugar. Era un antiguo álbum fotográfico. Ya no teníamos otra posibilidad que entregar nuestra atención a la noble mujer que, aprovechándose de nuestra amabilidad, nos haría recorrer su vida completa.

Las fotos lucían muy antiguas, incluso en varias de ellas aparecían fechas que resultaban imposibles de creer: 1886, 1887. En ellas, a nuestra anfitriona se la veía joven.

—Miren. Aquí tenía catorce años. Mi padre era un comerciante muy importante de la ciudad de Bath y nos hizo sacar esta foto.

Nos miramos incrédulos

—Disculpe, Betty. ¿Cuál es usted?

—Ésta. La del centro.

Intentamos identificar aquellos rasgos con los actuales, y parecían muy similares.

—Vean esta otra, aquí se me ve mejor. Éste era mi padre. Siempre fue un hombre pionero.

Era cierto. Sus ojos, su nariz. Parecían ser idénticos. Hasta que una de las imágenes nos pareció contundente. Se la veía a los treinta años, sonriente. Era ella sin duda. Un cartel detrás de su imagen decía: "January 1902".

Marisa escudriñaba las fotos con afán detectivresco. Miraba los detalles. Aquello que se insinuaba no podía ser cierto. Vimos otras más actuales. Se la veía mayor pero de acuerdo con los cálculos ¿tenía ciento treinta años?

—¿En que año nació? —preguntó Marisa, sin poder contener su curiosidad.

—No lo creerán.

—Supongo que nos mostró las fotos para decírnoslo, ¿no es cierto? —insistió mi esposa.

—Tal vez. Nací en 1872 —lanzó como si fuera apenas un detalle—. Es fácil la cuenta. Hasta 2002. ¿Cuánto da?

Marisa volvió a mirar las fotos para chequear los datos. A mí se me borró la sonrisa.

—¿Es verdad? ¿Ciento treinta años? —le pregunté a mi mujer.

—Sí, es verdad —contestó Betty con orgullo—. ¿No se me nota? —y soltó una carcajada.

—Y, no. ¡¿Cómo puede ser?! —dije.

Volvimos a revisar las fotos mientras la seño-

ra se dirigía hacia la ventana.

—Creo que seguirá lloviendo por unos cuantos días. Espero que el río no crezca mucho, si no, tendremos problemas —dijo, distraída, abstrayéndose de nuestra perplejidad.

—¡Ciento treinta años! ¡Es increíble!

—¿Quieren otro té?

Marisa y yo no contestamos.

—¿Y cómo hizo para conservarse así?

—La respuesta es sencilla. Está delante de ustedes. En ese té.

—¿Cómo?

—Esa planta que ustedes ven allá afuera, la de las flores pequeñas y naranjas tiene propiedades increíbles. Es la infusión que tomaste ayer y que te curó en tan poco tiempo. Hacerlo periódicamente prolonga la vida. El cuerpo reacciona produciendo defensas. Fortalece. Pudieron comprobarlo.

—Es cierto.

—¿Lo vende? Muchos se desesperarían por beberlo —dijo Marisa.

—No, no se vende. Es muy reducida la posibilidad de que florezca en otra parte. Intenté plantarlas en otros terrenos, pero no funcionó. Crece aquí en Necochea nada más, en ningún otro lugar. Imagínense el descontrol que sería si todos lo supieran: estaría invadida por viejos, jóvenes, gente de todo el mundo.

Una mezcla de credulidad y escepticismo nos

llevó a quedarnos callados por un largo rato. Betty disfrutaba de sus fotos.

La lluvia había amainado, el atardecer frío y gris componía un invierno fuera de época.

— ¿Puede ser otro tecito, Betty? — pedimos casi al unísono Marisa y yo.

II

Atardece. Como en los últimos meses, los atardeceres me traen recuerdos. Extraño a Marisa. Es el horario en el que pienso en ella, pero es un recuerdo que se va borroneando, producto del estado en que me encuentro y no sé cómo describir. Hago mis esfuerzos por recordar, que es la manera que encuentro de mantenerme vivo. Cuando Betty no me ve, escribo algo parecido a mis memorias para sentir que al contarlo puedo reconstruirme. Lo escondo para que ella no lo vea y me lo saque, como me fue sacando todo.

Las piernas no me responden, un sopor me invade cada tanto. La energía se me va en grandes dosis. Es el té, que ahora me obligan a ingerir. Una estafa urdida por Betty y su banda de viejos malditos.

Ella nos hizo creer que ese brevaaje prolongaría nuestra vida, aunque nos impediría tener hijos. Era el precio que teníamos que pagar, dijo, fingiendo que nos develaba el secreto de su longevidad, y no era cierto. El precio era la libertad.

Cuando Marisa se fue una mañana, después de aquella discusión que tuvimos, creí que se equivocaba. Su miopía —usé esa palabra, lo recuerdo bien— no la dejaba ver algo trascendente. Qué importancia tenía nuestro incierto potencial de engendrar comparado con la certeza de vivir más, de prolongar la vida y los proyectos. En medio de esa bronca y esos gritos destemplados, pegó un portazo.

Decidí quedarme. Qué fascinante me resultaba permanecer muchos años lúcido y con energía.

Escucho pasos. Se están acercando a la habitación.

Hoy son tres viejos. Se quedan hasta la madrugada contándome sus historias, las de su juventud, aquello que quisieron ser, amores y desamores, describen su terruño, cómo eran sus familias. Hoy habla mucho uno que es alto y se apoya en un bastón, José. Rememora su infancia en Pergamino, a qué jugaba de niño, cómo era el colegio, describe los medios de transporte. Por un largo rato, deriva en cuánto costaban las cosas, sonrío. Me mira fijo, pero sólo se ve a sí mismo. Me necesitan de testigo para revivir sus vidas una y otra vez. Me dan algo para beber, para que me mantenga despierto y los siga escuchando. Las otras dos son Betty y Rosa. Durante el largo parlamento de José, sonrían y agregan datos. Cómo se repartía la leche, quiénes eran sus amigos. No se dan cuenta de que repiten las historias como si las contaran por primera vez.

Afuera está oscuro, creo que habrán pasado tres horas eternas desde que entraron a la habitación. Sin embargo, ellos siguen entretenidos con el pasatiempo. Soy un insecto atrapado en medio de estas plantas carnívoras, que se alimentan de mí.

Se van turnando. Hablan continuamente, cuentan una y otra vez lo mismo, hasta que advierten que

es la hora de cenar y se interrumpen. Estoy extenuado.

Antes de irse, Betty y su amigo, me obligan a beber el té. Por la mañana, me darán algo para que me mantenga despierto y así empezar otra vez, como han sido los largos meses en esta cama. Ahora sólo quiero dormir.

Es de día. Todavía no vino nadie a darme el energizante. Del otro lado de la puerta, en el living, hay más ruidos que los acostumbrados. Los viejos de siempre, pero con más algarabía. Escucho que vino alguien nuevo a una de las pensiones, esas casas de madera de apariencia inocente.

—Es un joven —chilla con excitación Rosa, la de pelo rojizo.

Alguien pregunta si ya está listo.

—En tres o a lo sumo cuatro días va estar mansito —dice José, y varios celebran.

Alguien pronuncia mi nombre, Ignacio. Hablan de mi destino. Intento prestar atención:

—Cuando tengamos al otro, listo, lo despachamos.

Los últimos dos días han sido diferentes. Ya no están muy interesados en contarme sus historias. Vienen esporádicamente. Yo les hago preguntas, busco el modo de que me necesiten vivo. Aparento

divertirme cuando cuentan algo estúpido pero que ellos creen interesante. Todo cambió, y ahora me preocupa que se aburran conmigo, está claro que no les sirvo más.

Hoy parece que es mi último día en esta casa. Por la mañana entraron todos, como a despedirse. Me miraron con misericordia. Me acariciaron la frente. Alguien dijo en voz baja “buen pibe”, y fueron saliendo de a uno. Escuché sus pasos hasta salir de la casa. Betty se quedó sola conmigo. Se sentó a mi lado. Creí ver en su mirada un sentimiento maternal, pero fue fugaz. Tal vez como un gesto de despedida. Pasó su brazo izquierdo por mi espalda y apoyó esa mano en mi frente y me inmovilizó la cabeza. Era un movimiento de alguien experimentado, que actuaba sin dudar. Antes de que pudiera reaccionar, metió en mi boca una jeringa y, con un movimiento rápido, me introdujo un líquido, que apenas percibí amargo, porque fue derecho al esófago. Me soltó y se fue junto con los otros afuera de la casa. Sólo atiné a vomitar todo lo que pude antes de desmayarme.

III

Es un paisaje verde que pasa. Va veloz. Tengo frío, no sé si es por este vidrio que tengo pegado en la frente, parece una ventanilla. Creo ver a Marisa manejando a mi lado, mira la ruta y a mí alternativamente. Escucho su orden que dice con angustia.

— Aguantá.

Es de día. Hay sol. Marisa está a mi lado y sonrío cuando despierto. Me besa.

— Vas a estar bien — dice, y vuelve a sonreír.

Me cuenta que vino a buscarme porque no podía entender que hubiéramos terminado así.

— Te extrañé — dice con dulzura, y relata cómo me rescató y me llevó al hospital donde estoy ahora.

Me siento a tomar un té. Nos miramos cuando lo pruebo. Tiene un gusto extraño para mí. Ella dice que está bueno.

Giménez

Giménez suele levantarse temprano. No le gustan las aglomeraciones, y sabe perfectamente que, si sale quince minutos antes de las ocho, logra viajar cómodo en el colectivo.

No hay nadie cuando llega a la oficina, y aprovecha el silencio para leer el diario sentado junto a su escritorio. Cada uno de los empleados, cuando llega, espera verlo allí.

El “Buen día, Giménez” suena como una oración laica en la mañana despoblada.

A medida que los puestos se van cubriendo con sus habitantes respectivos, él hace la recorrida de rutina. Es el jefe, y a cada uno de ellos, ese gesto le parece de acercamiento, de consideración hacia su persona y al mismo tiempo de vigilancia estricta.

Giménez se muestra amable con todos, pero especialmente con las mujeres. Suele darles tareas y les pide que lo vayan a ver más tarde.

La primera en golpear el vidrio de su box es Emilse. Tiene una camisa blanca desabrochada hasta el inicio del escote, que anuncia pechos grandes. Giménez recibe una carpeta naranja, hace que la mira pero sus ojos recorren lentamente los pechos de ella. Vuelve la vista al folio y sigue la lectura en forma interrumpida. Alterna letras con senos. Trata de ubicar el lugar de los pezones. El corpiño parece grueso, pero él cree ver una ligera saliencia. Como un detective, busca indicios que denuncien el lugar exacto. Adivina que los de Emilse son pezones

amplios. Giménez se acomoda los lentes de marco grueso, carraspea. Está serio y aparenta atender lo que está leyendo. La empleada, sentada frente a él, está distraída mirando un punto fijo, desinteresada en lo que pueda decirle.

A Giménez lo tranquiliza saber de qué tipo son los pezones de las mujeres: con gran aureola o mediana; pequeños, oscuros; duros o blandos. Los de Emilse parecen ser del tipo de "gran aureola" y rosados, apenas más oscuros que la piel. La conclusión la obtiene gracias a la poca visibilidad que aparentan. No se traslucen ni dejan marcas en esa blusa. Giménez le devuelve el expediente, le sonrío.

Ella tiene treinta y cinco años, ha sido madre. Seguramente sus tetas se cayeron un poco –piensa Giménez– por eso usa ese sostén tan reforzado.

– Está bien así – dice, y la acompaña hasta la puerta de su box en un intento final por cazar ese pezón rebelde.

– ¿Lo paso al libro?

– Sí – sonrío él ante la indiferencia de ella, que, arrastrando los tacos, sigue resuelta hasta su escritorio.

Giménez se sirve un cafecito. Sale hasta el salón y le hace una seña a Samanta. Es una chica flaca pero de formas sugerentes. Ingresó a la compañía hace pocos meses. Ha demostrado gran personalidad. La hace pasar y, antes de que ella se siente, le mira el culo. Es flaca, un metro setenta y ocho, pelo negro, figura estilizada. Giménez advierte que ese

culo es tan firme como su carácter, y ambas cosas le provocan admiración. Él le sonrío con simpatía, y ella, por conveniencia.

Ella usa ropa suelta. Hoy no tiene corpiño. La tarea ya no es el descubrimiento sino la contemplación. Ahora, la remera gris acaricia sus puntas firmes y endurecidas, tal vez por efecto del aire acondicionado, inevitable en el verano sofocante.

Giménez le pregunta si está conforme con su estadía en la compañía. Ella asiente y él aprovecha para decirle que su desempeño es satisfactorio. La mirada de Giménez va desde los ojos de ella al cuaderno abierto sobre su escritorio; en el ida y vuelta hace breves escalas en los pezones desinhibidos. Él está de fiesta y sonrío sin pausa. Un llamado de teléfono interrumpe la breve entrevista. Giménez debe presentarse en el piso superior ante su gerente.

Él lamenta la interrupción y se despide con una sonrisa que ella retribuye.

La reunión es extensa. Hacen un repaso de temas pendientes. Ramírez es un buen gerente. De carácter severo. No acepta desvíos en la conducta de sus empleados. Giménez lo sabe y trata de mostrarse correcto y amable. Así es reconocido en la empresa y sabe que también le cae bien a su jefe.

A Ramírez le llama la atención la elegancia de Giménez. Mientras conversa sobre los futuros planes de la compañía, se pregunta dónde habrá com-

prado Giménez esa corbata. No quiere interrogarlo directamente porque siente que perdería autoridad. En cambio, le pide a Giménez que le entregue a la brevedad el informe que necesita.

Giménez se toma toda la tarde para completarlo. Esto le quitará tiempo para citar a otras empleadas. Lo deja para mañana. Siente que en su pequeño reino puede decidir cuándo y con quién puede tener una entrevista.

Regresa a su casa, esta vez en un colectivo repleto. Se saca el saco y la corbata. Los cuelga prolijamente en el placard; su mujer odia el desorden.

Ella está en la cocina preparando una tortilla de espinacas, hace comentarios sobre el calor y la lluvia que vendrá, y le pregunta cómo fue su día. Él le dice que bien, normal, con la rutina de siempre.

El doctor Periné

Cuando conocí al doctor Periné, mi vida cambió.

Padecí su cercanía durante años. Nos hicimos socios a mediados de los años ochenta, cuando mi joven emprendimiento y mi situación económica se hermanaban en una misma fragilidad.

Fui a ofrecerle mis servicios: buscar anunciantes para la publicación que me contratase. Él era el director comercial de un diario de reciente aparición en el que a nadie le interesaba publicar avisos. Para “el ambiente”, el desenfado y la irreverencia que exhibía en sus ediciones lo convertían en un medio maldito.

Luego de unos meses, logré algunos clientes que causaron un fuerte impacto en la dirección. Entonces el doctor me propuso que nos asociásemos: yo ponía mi “compañía” al servicio de su publicación y él aportaba a la sociedad un gran cliente, el diario. Así se aplicaba al pie de la letra el popular dicho: juntarse el hambre (yo) con las ganas de comer (él).

La firma del contrato no encarnó, para mí, ese momento de felicidad que los demás suponían. La expectativa de mi esposa, que atribuía el logro al reciente nacimiento de mi segunda hija y a su “pan debajo del brazo”, chocaba con mi sensación de frustración por haber resignado uno de los principios que alimentaban mi proyecto: la libertad.

Cualquier intento de hablarlo sólo generaba malestar entre nosotros. Incluso mis amigos atri-

buían a mi excesivo lirismo –así lo decían– la dificultad de ganar dinero. A los treinta años, aún no había conseguido afirmarme en una situación económica estable, mientras que la mayoría de nuestros conocidos ya se había consolidado, y, aunque intentábamos superar el resentimiento, sobrevolaba entre nosotros una envidia latente, fraternal, molesta, que nos obligaba a camuflarla bajo falsas demostraciones de alegría por la prosperidad ajena.

Cada comentario con el que mi mujer me anunciaba las compras de muebles y mejoras en las casas de los demás, me sonaba a reproche, a demandas que yo no podía cumplir, a amenaza de denuncia de impotencia. Porque tal vez no haya gesto femenino al que un hombre más tema que aquel que lo minimiza, convirtiéndolo en insignificante ante la mirada de sus congéneres. ¿Cómo explicar que no quería renunciar a mi ideal de un trabajo placentero en el que pudiera desarrollarme libremente?

Luego de seis años de matrimonio, sentía que mi esposa, cansada de mi derrotero, se transformaba en un gerente que evaluaba mis resultados como poco satisfactorios y que yo estaba por sentarme en el banquillo de los condenados al fracaso.

Mi angustia era inconfesable. ¿A quién explicarle que había buscado una oportunidad de negocios y ahora me veía devorado por ella?

Transcurridos apenas un par de meses, la so-

ciudad exhibió sus dificultades. La grieta no estaba sólo en mí sino que resultaba evidente en las diferentes visiones acerca de cómo llevar adelante la empresa. El doctor pretendía desconocer el equilibrio imprescindible que requería la dinámica comercial, cobrando utilidades aún antes de que se concretaran. Había revertido su falsa simpatía inicial por una permanente y auténtica dureza. Exigía puntualidad rigurosa en la distribución mensual de supuestas ganancias. Era necesario disponer de dinero para pagar los sueldos de los empleados que comenzaban a poblar la oficina. Él se ubicaba primero en la nómina, aunque sus necesidades estaban cubiertas por los honorarios que percibía en el diario.

El doctor trabajaba desde su búnker en la editorial, yo, en mi oficina. Sin embargo, nada le impedía irrumpir sin aviso en mi despacho y, con grotesco disimulo, controlar mis llamadas, mis movimientos. Hacía un repaso veloz de las necesidades y los objetivos que debían ser satisfechos en plazos perentorios. No le interesaban las explicaciones en las que me sumergía al intentar evadir sus aprietes. Yo pretendía calmar su permanente insatisfacción, pero la experiencia de haber lidiado con una madre judía me ayudó a entender que eso era algo imposible de lograr.

Las diferencias se acentuaban: yo quería llevar adelante una empresa en donde la gente se sintiera respetada y trabajara por convicción. Él adhe-

ría al método del temor como el camino para obtener resultados. Resultados que eran exclusivamente económicos: ésa era su vara para medirlo todo y alcanzar un mundo mejor.

Yo aborrecía todo eso y pretendía construir un espacio distinto, un lugar en el que pudiera eludirse el castigo bíblico de ganar el pan con el sudor de la frente para hacerlo, en cambio, con placer. El buen clima de trabajo debía ser el hábitat necesario para todo logro; la calidad de vida era el mundo mejor al que aspiraba. Entendía que, al ser el ámbito laboral donde se pasa la mayor cantidad de horas, sufrir ahí era la mejor manera de asegurarse una vida desgraciada. Por eso me había independizado, asumido el camino del riesgo y la ausencia de certidumbres que da un sueldo cómodo.

El doctor Periné destilaba una actitud que hacía sentir al otro en deuda. Naturalmente, a su alrededor casi todos se comportaban con sumisión. De gran estatura, ojos celestes que enfriaban su mirada, parecía siempre preocupado por temas realmente importantes, no de los que uno hablaba. Él estaba destinado a un fin superior, los demás éramos una molestia.

Me costaba conciliar el sueño. Una furia callada alimentaba mis insomnios con intensas discusiones imaginarias. El pelo se me caía de mechones, extrañas erupciones florecían en mi piel, pero la he-

ladera llena, el auto que pude comprar por primera vez, las vacaciones y algunos ahorros silenciaban el sentimiento de deshonra que se agigantaba.

Mis amigos me habían convertido en un hombre exitoso, desoían mis confesadas humillaciones. La incomodidad que mis cuestiones despertaban en ellos la resolvían con una pregunta sin respuesta: ¿quién no debe sacrificar algo en el altar mayor del bienestar familiar? Pretendían que la dignidad no se interpusiera en el camino del dinero.

Mi sociedad no sólo era con Periné. Aprendí a discriminar en su discurso las exigencias de su esposa. Cuando comenzó la reforma de su casa, él descubrió que publicar avisos y cobrarlos con mercadería le hacía ahorrar un dinero considerable. Además de ladrillos, cemento y materiales de construcción, necesitaba conseguir muebles y electrodomésticos que su mujer elegía. Él consideraba, o en realidad ella consideraba, que por ese trabajo mi empresa, la nuestra, no debía cobrar comisión. Esto nos enfrascaba en largas batallas verbales que me encolerizaban de tal modo que terminaba perdiendo la calma y hasta pidiéndole perdón.

Transcurrieron cinco años de relación tormentosa. Una tarde, Periné se dignó a invitarme a su despacho. Me comunicó, con voz firme y seca, que el diario había tomado la decisión de instalar su propio departamento comercial. Nuevos accio-

nistas, otras ideas. La alegría y la depresión se mezclaron de tal modo que me impidieron articular palabra. Sólo al final de la reunión atiné a decir que, entonces, esa decisión ponía fin a su participación en mi empresa, a lo que Periné respondió con evasivas y un “ya veremos cómo resolvemos eso”.

La nueva situación era que los ingresos publicitarios que generaba el diario ya no formaban parte de mi negocio, pero el doctor seguía reteniendo las acciones de mi compañía. Se negaba a ceder su cincuenta por ciento argumentando que se había adquirido un renombre que antes de su incorporación no existía, y eso era gracias a él. Pretendía desconocer que había que comenzar de nuevo. Nuestra empresa -la mía- ya no tenía para quién vender.

Había regresado al principio. Mis ingresos habían disminuído considerablemente, pero él seguía siendo mi socio. No buscaba vender su parte ni comprar la mía. Sólo permanecer.

Imaginé haber firmado un pacto diabólico que estaba pagando ahora, pero aun así, el demonio debía tener un lado débil por descubrir.

En esos años, yo había aprendido a domesticar mis impulsos asesinos, a entender que mi enemigo era mi propia ira. Esto me ayudó a encontrar el rumbo.

Provoqué un encuentro “casual” con uno de sus amigos, a quien conocía, en un restaurante en el que ambos solíamos almorzar. Aproveché para co-

mentarle confidencialmente que estaba en una muy difícil situación económica y exageré una posible convocatoria de acreedores. Dos días más tarde, Periné hizo los arreglos en una escribanía para transferirme su parte: no quería hundirse con el barco. Para bien o para mal, volví a ser dueño de mi empresa.

Los tres años siguientes fueron duros. Me costó borrar la sensación de que Periné entraría en cualquier momento en mi oficina. El hecho de que ya no existiera en mi vida me alegraba tanto, que toda desventura me parecía menor. De hecho, así fue. Hubo clientes nuevos, y el bienestar económico se acrecentó nuevamente.

Los bares de la calle Charcas ya no extendían sus mesas en las veredas, los primeros fríos invitaban a las tertulias en el interior.

Una tarde, mirando por una de esas ventanas, descubrí la figura de Periné atada a un perro afgano. Quedé crispado. Rápidamente oculté la cara, y no pudo verme. Lo seguí. Se detuvo frente a un elegante edificio en el que finalmente entró. Vivía a cinco cuadras de mi casa.

El domingo siguiente, por la noche, lo vi bajar de un BMW nuevo, que estacionó frente a su vivienda.

Comencé a deambular por esa cuadra con frecuencia, intentando localizar su auto, cuya patente memoricé. Allí estaba su coche, esperándome. Me

cuidé de que no hubiese nadie cerca. La excitación se acrecentaba. Saqué el grueso destornillador y hundí en su maldito techo muchas noches de insomnio.

Cielito lindo

La tarde soleada se transformó en una sombra fría y metálica al otro lado del muro. El agobio de lo hermético lo angustió.

Su vida había transcurrido en la calle, libre. Can Brians era una cárcel moderna, pero no por eso menos siniestra. Estar ahora de este lado revivía el peor de sus fantasmas.

No había querido ser un “ciudadano aplicado”. Era músico callejero.

– Nombre y apellido.

– Antonio Pardez.

Mientras el guardia llenaba su ficha, Antonio recordó aquel atardecer de setiembre, cuando él y sus dos amigos recorrían las calles céntricas de Barcelona. Como tantas otras veces, castigaban a los paseantes ofreciendo un concierto desafinado. Con lo años habían descubierto que ser una banda ruidosa y poco afinada era buen negocio. Por eso, aunque podían hacerlo bien, trataban de hacerlo mal. Al final de cada tema, uno de ellos recogía en su sombrero el impuesto a la tranquilidad que el público pagaba para que se fueran sin demoras.

Antonio tocaba el acordeón. Había aprendido por imitación y por el hábito de frecuentar bares en donde los temas populares eran cantados a voz en cuello, para liberar nostalgias y confraternizar. Allí conoció a Luca y a Sergi. Ellos lo acompañaban con

guitarra y percusión. Juntos conformaron la Catalá Company.

Esa tarde veraniega, frente a la Catedral, habían atacado con “Cielito lindo”. La poblada terraza del bar Bilbao Berria prometía una recaudación segura.

Al finalizar, para la sorpresa de los músicos, desde una de las mesas surgió un aplauso efusivo. No podían discernir si era sincero o se trataba de una ironía. Un hombre de unos cuarenta años, con una llamativa cabellera negra revuelta, ocupaba una mesa atiborrada de pintas vacías de cerveza. Repetía “¡Bravo!” con insistencia y un vozarrón intimidante. Aplaudía con sus manos enormes, a la vez que su acompañante, un enano, no despegaba la mirada fascinada de los músicos. De pronto, el grandote caminó unos pasos hasta la banda. Imaginando una agresión, el grupo se replegó, pero el grandote sacó del bolsillo derecho de su pantalón un fajo apreciable de dinero y depositó cincuenta euros en el sombrero recaudador de Luca. Excitados, los músicos comenzaron con otro tema.

– “Cielito lindo” – dijo, imperativo, el gigante que, ahora de pie junto a ellos, hacía coros.

Esos dos metros, cuya longitud veían desde abajo, transpiraban un fuerte vaho a alcohol, y su mirada perdida permitía adivinar una oscura pena. Era una tristeza pesada, pegajosa, que ahora se alargaba sobre ellos. Cada vez que concluían, él exigía un bis y la caja crecía cincuenta euros. La banda re-

doblaba el ritmo, hasta que el gigante, creyendo que se burlaban de él, gritó un “¡Más lento!” atronador. El resto del público sentado en la terraza observaba sin intervenir.

Volvieron a cantarla una y otra vez, hasta despojar la melodía de cualquier belleza posible y transformar el cielito lindo en uno tormentoso.

A pesar del cansancio, no dejaban de repique-tear. La recaudación ya era mucho más de lo imaginado. De pronto, el grandote, arrastrado por el fra-seo del acordeón, extendió sus brazos por detrás y, arreándolos, los condujo hacia una de las calles del barrio gótico.

– Canta y no llores...

El enano caminaba haciendo pasos de baile. El grupo se había convertido en una murga.

Mientras esperaba sentado en un banco de la sala enorme, a Antonio le volvía la imagen del “gigante Jorge”, como lo bautizaron luego. ¿Cómo hace alguien para soportar estas rejas?

Prendió un cigarrillo y esperó la próxima orden del guardia. Los uniformes, las disciplinas, lo ponían tenso.

Como aquel otro día cuando cantaron frente al bar, revivió la sensación de ser un rehén.

La situación empeoraba. El grandote apretaba el cuello de Antonio con una mano y, con la

otra, había desenfundado un cuchillo que tenía rastros de sangre. Amenazaba con clavarlo en la espalda del acordeonista. Desorientados, sin saber qué quería de ellos, los músicos seguían repiqueteando la melodía gastada como único método defensivo.

—Oye, que no te hemos hecho nada para que te portes así con nosotros —interrumpió Luca.

—¡Vamos, canten! —ordenó Jorge.

—Lo haremos, pero así es muy difícil. Vayamos a beber y cantaremos con más alegría. ¿Qué opinas?

El borracho dudó, bamboleándose, y luego usó a Antonio de bastón.

—Está bien. Pero nada de trucos.

Así llegaron hasta uno de los tantos bares en donde los músicos solían establecer su base.

—... Ese lunar que tienes / cielito lindo junto a tu boca... —cantaba Jorge, ya sentado y más tranquilo. Luego de algunas ruedas de vino, sus ojos se fueron apagando hasta que se quedó dormido.

Entre todos lo subieron a un taxi. El enano, que envolvió el cuchillo con prolijidad, se fue con él. Abrió la boca por primera vez para ordenarle la dirección al chofer. El grupo, aunque cansado, se compadecía en silencio de Jorge. Olvidaron la rutina de contar lo recaudado.

Unos días más tarde, el dueño del bar le comentó a Antonio sobre el borracho de aquella tarde. Repitió de memoria lo que había escuchado: “Acuchilló a su mujer cuando la sorprendió en su propia casa con otro hombre...” y unas cuantas frases de innumerables periodistas de policiales.

La noticia conmovió al trío, pero la sorpresa mayor llegó al día siguiente, de mano del enano bailarín. Apareció en el bar con un paquete robusto que depositó sobre la mesa. Antonio lo miraba sin entender.

—Jorge les pide disculpas y les quiere dar esto para compensarles el disgusto.

Había cinco mil euros en el interior.

—Él no quería hacerles daño.

Y se fue sin decir nada más.

La puerta de rejas se abrió y apareció la enorme figura de Jorge. Vestido con un mameluco naranja, había perdido el aspecto amenazante. Sonrió, agradeciendo con pudor la visita de Antonio que, en un silencio fraternal, cobijó la pena del preso. Luego le explicó que se sentía más libre devolviéndole el dinero porque, según su breve filosofía, “no era de hombre aprovecharse de una situación como ésta”.

Jorge intentó una respuesta pero enseguida comprendió y, sin decirlo, valoró el gesto. Antonio advertía que el dolor todavía estaba ahí, vigente, y

no preguntó nada.

Hubo promesas de próximas visitas, hasta que la puerta volvió a cerrarse.

Desde el auto que lo llevaba de regreso, Antonio veía el transcurrir veloz del paisaje. Agradecía esa libertad, el cielo sin nubes, "un cielito lindo" se dijo a sí mismo y sonrió.

Desencadenarse

Prendió un cigarrillo después de decir “Amenábar”, su nuevo destino en el barrio de Belgrano. El taxista intentó una conversación que resultó fallida. Pablo necesitaba reafirmar su nueva soledad.

El atardecer veraniego y Palermo ofrecían un aire de flores empujado por la brisa. Su maleta, recostada en el asiento delantero, le parecía una hiriente síntesis de sus años de matrimonio. El amor se había ido deshaciendo, luego de veinticinco años de convivencia, hasta dejar el lazo transformado en un hilván.

Recuerdos de una lejana felicidad construída con nacimientos, crianzas, vacaciones en el mar, fueron llenando un vacío cada vez más presente. Continuar la relación había sido un esfuerzo que le había demandado una energía que sentía agotada. Entonces descendió las escaleras buscando esa libertad que imaginó redentora.

La tristeza había logrado domesticar su enojo y, él partía con el galardón de lograr una separación civilizada. La mejor forma de preservar los viejos silencios que llevaron a la ruptura.

Era incomprensible para sus amigos. Molestos por el desequilibrio que este divorcio les ocasionaba en sus vidas, habían intentado acercarse para saber, aliviar, recomponer aquello que, según sus miradas, no merecía destruirse. Les dolía verse obligados a dividir su afecto ante la encrucijada de tener que decidir a quién de los dos querer más.

El tema había cobrado la importancia que generan los debates sobre contaminación ambiental. El temor al contagio estaba latente en ingenuas preguntas que, más que para indagar sobre el matrimonio roto, procuraban medir la calidad de la pareja propia. Todos acumulaban muchos años de convivencia y, tal vez, arrastraban los mismos hastíos e idénticas desilusiones.

Él se había transformado en el caso testigo. El primero de una lista posible.

Subió la valija con la extraña sensación de llegar a una casa de vacaciones. Abrió las ventanas y, con culposa alegría, desparramó sus cosas con un inocultable y reconfortante silencio. La ausencia de la voz que reclamara orden le dio el primer indicio de que a partir de ahora debía procurarse todo por sí mismo. Alacenas y macetas vacías acentuaban su orfandad.

Ya era de noche, la primera de cama deshabitada, extensa, arrugada. Al estirar el brazo, ya no acariciaba una orilla que anunciaba un territorio sino un borde al que sucedía un precipicio.

Los sonidos ajenos del nuevo lugar lo empujaban a una vigilia interminable. Y las preguntas volvían una y otra vez. Las palabras no dichas, los odios no proclamados, las pasiones contenidas y las repeticiones, las repeticiones.

Una mañana, después de otras vigiliadas, creyó haber incluido en su equipaje sus propias cadenas encubiertas en mentiras cómplices, en engaños mutuos de los que no se había liberado. Decidido, la citó para charlar y desarmar esos silencios.

El sol iluminaba la gloriosa escenografía de un clásico bar de esquina. La ventana los enmarcaba en un cuadro porteño tradicional, reconocible. Viéndolos desde la vereda opuesta, podían escribirse, como en un guión teatral, los textos que dictaban sus gestos. Los temas los convertían sucesivamente en querellantes, conciliadores, novios, padres en retirada, guerreros derrotados, para terminar como accionistas de una empresa quebrada.

Con el sol había caído también el interés por la conversación. Y ahora las miradas desviadas hacia el entorno presagiaban un cambio de escenografía. La despedida fue tibia, los labios se rozaron sabiendo que un nuevo encuentro no sería rutina. Y las espaldas se enfrentaron para alejarse sin saber hasta cuándo.

Q.E.P.D.

Mientras Celina lo miraba, intrigada, tratando de sonsacarle el motivo de su falta de apetito, él se hipnotizó con la televisión. En su cabeza seguían repitiéndose las mismas imágenes: dos féretros muy similares pero diferentes.

Acostumbrada desde hacía años a los madrugones de Joaquín, ella movió la mano desde la cama: era la señal que significaba hasta luego, un resabio de antiguas despedidas más cálidas.

Él cerró la puerta de chapa con cuidado, amortiguando el ruido, pero no pudo evitar el chirrido cuando abrió el candado de las rejas. Se reprochó no haberle puesto antióxido. Ya en la calle, caminó las tres cuadras de tierra hasta llegar al asfalto y una más hasta la parada.

Se había despertado una hora antes de lo habitual, por eso no encontró las caras de siempre en el refugio de cemento en donde solía esperar la llegada del colectivo.

Empujado por un estricto sentido del deber o del orden, que para él eran lo mismo, había salido en un horario todavía peligroso: las cinco y media de la mañana. Necesitaba estar en el trabajo antes de que entraran todos.

En el transporte despoblado, pudo elegir asiento. Llegaría a La Tablada un poco antes del amanecer. Calculaba que con tiempo suficiente como para anticiparse al director del cementerio, un

hombre despótico, convencido de que el mundo se dividía en dos clases de personas: los capacitados para mandar y los que debían obedecer.

Era inútil hablar con él sobre los errores que se cometían. No sólo no lo escucharía sino que corría el riesgo de ser despedido.

Joaquín no le contaba a nadie su tarea. Quería evitar que lo miraran con desdén o con un velado desprecio. Cavar tumbas, enterrar cadáveres, no le producía espanto. Había logrado mantener una distancia con el dolor ajeno. “A los médicos tal vez les suceda lo mismo”, pensaba, sintiéndose cercano a ellos.

Lo inconfesable, sin embargo, era que su lugar de trabajo le resultaba agradable. Como si cuidara de un jardín: el verde, los pájaros y ese magnífico silencio tan impregnado en él mismo le permitían estar a solas con sus pensamientos. Así más o menos debía de ser el Paraíso. La muerte, se decía, formaba parte del ciclo natural. Las buenas muertes deberían ser como los buenos vinos y macerarse durante años, ser maduradas con vidas bien vividas.

A pesar de su larga experiencia haciendo lo mismo, sufría cuando el entierro era de jóvenes. En numerosas ocasiones no pudo evitar la congoja, pero supo disimular las lágrimas mezclándolas con la transpiración, luego de cavar la fosa. Era parte de la rutina no participar de las ceremonias funerarias, y sumar su llanto era inaceptable.

La tarde anterior había vuelto a ocurrir lo que tantas otras veces: la confusión de los féretros. Él sabía quién iba en cada sepultura. En una, un joven de veinte años, y en la otra, una mujer de ochenta y tres.

Su ojo experto distinguía los tipos de madera y los colores de cada cajón. Estaba atento a las diferencias, por leves que fueran.

El cambio se produjo por negligencia del personal en algunas de las ceremonias. Gente inepta protegida por las autoridades. Se invirtieron los ataúdes y uno fue enterrado en el lugar del otro.

Él madrugó para reparar esa injusticia. Los muertos debían ser llorados por los propios. Esas vidas completaban su significado en el recuerdo de sus queridos. Las ofrendas tenían que hacerse en el lugar correcto. “El joven –pensaba– tendrá muchas visitas.” Ése es el descanso que se merecía. No podía aceptar que estuvieran en el lugar equivocado.

Saludó al guardia, que lo reconoció, le franqueó la entrada y le señaló, risueño, el reloj:

– Te caíste de la cama.

Él le devolvió la sonrisa para evitar sospechas.

Recogió su pala, una soga y salió a buscar las tumbas. Con la claridad y el fresco matinal, sintió la protección del día. La quietud estaba allí e iba a alterarla.

Recordaba perfectamente el lugar en donde había cavado y hacia allí fue con paso decidido. Por más que tuviera tiempo, debía obrar con rapidez.

Hundió la pala con un brío que hacía mucho no tenía. La tierra, todavía blanda, no ofrecía resistencia. El féretro quedó al descubierto. Él descendió hasta el fondo del pozo y pasó la soga entre las manijas. Subió a la superficie y se la ató a su cintura. Tiró con una fuerza que lo sorprendió a él mismo. Cuando logró subir más de la mitad del cajón, se acercó para asegurarlo y lo arrastró veinte metros, hacia el lugar en donde habían enterrado a la anciana. Repitió el procedimiento en la otra tumba.

Ahora tenía los dos cajones en la superficie.

Enterró el del joven en el lugar correcto. Se permitió un breve silencio, luego, una oración en un susurro lento.

Hizo lo mismo con el otro cadáver, hasta llevarlo a su descanso. Después descansó él.

Aunque se había empapado y tenía la ropa pegada al cuerpo, sintió alivio. Ahora estaban en paz, él y los muertos.

Culo

Su culo era muy convocante. Nos reuníamos alrededor de ella para observarla de perfil, de cerca, de atrás. Su perfección emocionaba.

El *dispenser* de agua era el lugar de la oficina en el que coincidíamos varias veces por día, una especie de bar, cuya verdadera razón de ser eran el cercano escritorio de Mónica y su olímpico culo.

Nos despegábamos de nuestros asientos con la excusa de la sed como un modo elegante de ocultar nuestra intención: estar un rato cerca de ella, que además tenía unos ojos celestes que hacían olvidar la rutina.

Tal vez nuestra fantasía, estimulada por el encierro de las paredes, mitificaba esa porción maravillosa e impenetrable de su cuerpo.

A menudo, los cuatro inseparables, como nos autodenominábamos los muchachos que compartíamos el box, nos convocábamos a conversar cerca de su territorio.

Una tarde, Mónica levantó la vista, y nuestras miradas se encontraron desplazadas del mero compañerismo. Creí que se generaba un intercambio más interactivo, o tal vez más carnal. Antes de irnos, me crucé delante de ella y le propuse ir a tomar un café. “Estoy saliendo con alguien”, me dijo, contestando directamente a mi intención más profunda, que parecía ser también la de ella, aunque postergada por su nueva compañía.

Su respuesta me excitó, porque confirmaba que ella había sintonizado la misma frecuencia, no había sido sólo mi fantasía. Siempre lamenté haber llegado apenas tarde.

Aunque insistí en invitarla a salir varias veces, ella rechazó sistemáticamente mis invitaciones, dándome a entender que no quería embarullarse, cómo sugirió alguna vez, por miedo a que le gustase semejante enredo.

Pocos meses después, se fue de la empresa, luego de anunciar su casamiento y embarazo simultáneos. Derrota humillante para los inseparables, pero mayor aún para mí.

Cinco años después, Mónica volvió para la fiesta de fin de año, que los administrativos celebrábamos religiosamente. Los compañeros, más interesados en revisar el nuevo estado de su culo que por las fotos de sus hijos y su marido –un insípido ingeniero de dientes blancos–, sonreíamos y la incitábamos a alcanzarnos las fotografías para verla de cuerpo entero. Aunque más abultado, todavía conservaba ese magnífico valle antes de que se elevara la abrupta colina de sus glúteos firmes y ahora más anchos.

Al final de la reunión, y con un poco más de alcohol, volvimos a encontrar nuestras miradas. No supe si ella había reparado en mi incipiente panza,

producto de un matrimonio de tres años, como yo sí había observado sus formas. Le ofrecí acompañarla hasta su casa, a unos quince minutos del restaurante, y aceptó.

Me confundía, no sabía si aceptaba mi invitación porque ya no significaba nada para ella y no tenía miedo de enredarse conmigo, o tal vez era una señal de arrepentimiento. No lo pensé mucho. Como gesto de camaradería, nos fuimos en mi auto.

Me pidió detenerlo media cuadra antes de su casa. No quería tener problemas con su marido, “bastante celoso e intolerante”, me dijo, mirándome de frente, con ojos atravesados por la pena. Hubo un instante de silencio, dudé de si debía preguntarle por aquella incipiente confesión. Tal vez lo hice al mirarla con sorpresa. Ella no me dio tiempo. Me tomó el rostro con sus manos y me besó con intensidad. Sentí su humedad en mi boca, su amor espontáneo, inesperado.

Cuando quise abrazarla, se desprendió de mí, abrió la puerta y descendió con rapidez. Caminó con pasos urgentes. Giró apenas la cabeza para controlar que no la siguiera.

Inmóvil, al volante, me sentí temblar, añorándola. Intenté individualizar el edificio. Pasé lentamente frente a la puerta mientras ella entraba sin mirar atrás.

El diario del tío Aníbal

Hacía pocos días que el tío Aníbal había fallecido. Al entrar a su casa, el aspecto de abandono en que se encontraba todo me parecía indicar que había pasado mucho más tiempo. Tal vez estar nuevamente en esa casa, que había sido tan entrañable para mí, me descolocaba. Era el tiempo que había transcurrido en mi propio cuerpo, el mismo que me había convertido en un adulto, el que conversaba conmigo y los objetos, para amigarnos, luego de tantos años sin vernos. La biblioteca de mi tío había sido un santuario para mí. Ahora sobresalían los libros desparramados. Muchos de esos libros de tomos respetables, enciclopedias que, en la voz del hermano de mi madre, habían sido la fuente de mi saber iniciático, hoy –cubiertas de polvo– ejercían la tarea hiriente de la melancolía.

Una de nuestras salidas predilectas había sido ir a pescar. Embarcados en el pequeño bote, el silencio nos unía en una complicidad masculina. Él se enorgullecía de verme adolescente. Nos gustaba ir de campamento. Él hacía la comida, se preocupaba por si mi bolsa de dormir era lo suficientemente abrigada, me enseñaba a armar la carpa, y nos reíamos imaginando a mi vieja viéndome lavar los platos con barro.

El afecto de mi tío acariciaba en cada gesto mínimo. Era un refugio para mi mundo plagado de incompreensión.

Ahora tenía que ser yo –él no tenía hijos– el que debía ocuparse de poner las cosas en su lugar. La propiedad se vendería pronto. Era mi turno de ordenar el campamento.

Luego de varias horas de embalar volúmenes de calidades muy diversas, me premié con un tazón de café caliente de mi termo, que fui sorbiendo con lentitud como en un tardío velorio en soledad.

Justo antes de irme vi uno de los cajones del escritorio ligeramente abierto. Ese pequeño detalle impedía la armonía completa. Intenté cerrarlo pero estaba trabado. Al abrirlo para empujar con más fuerza, advertí un cuaderno alargado, forrado en cuero verde oscuro, con una traba de portafolio. Era muy voluminoso, con hojas amarillentas. No tenía llave. Era su diario.

Dudé en leerlo. Era entrar en su intimidad sin permiso. Tejé mil versiones en favor y en contra. Tal vez yo estaba ahí para eso: no tuve más remedio que abrirlo. La sensación de creer que había descubierto un tesoro o quizá el revivir el gesto infantil en la travesura de espiar a los mayores me hacían sentir extraño.

Durante un lapso que no puedo calcular, recorrí las hojas del cuaderno rayado, prolijamente escrito con un trazo azul grueso de birome. Recordé aquellos lapiceros que el tío guardaba celosamente, con bolígrafos de diversos colores. Estaban vedados a los sobrinos, seguramente protegidos porque estaban destinados a escribir esto que tenía delante

de mí y que seguía sin atreverme a leer con detenimiento. Primero hice una lectura en diagonal, veloz, que me permitía sobrevolar episodios de su vida, relatos hogareños, proyectos para sus negocios de ropa, descripciones de viajes, cambios de color de pelo: cotidianidades sin vuelo, interrumpidas por mi propio nombre, escrito de su puño y letra, remarcando el regalo de mis trece años, ese metegol que tanto quise.

Decidí llevármelo. Me costaba cerrarlo. Tal vez al abrirse había cobrado volumen. Noté que unos papeles plegados en la contracubierta ofrecían resistencia. Era un pliego de hojas de anotador, arrancadas y dobladas, escritas con la misma letra pero más pequeña, como si transmitieran alguna urgencia, un nervio que no se reflejaba en el resto de las páginas.

“Escribo esto sabiendo que nadie creerá una palabra, pero necesito hacerlo porque, por más que intenté contarles a los muchachos lo que me ha pasado en estos días, me miraban como si estuviera loco, así que prefiero escribirlo y, aunque muera conmigo, por lo menos lo saco afuera.”

Tenía que irme pero no podía. Era de noche; comencé a sentirme agobiado por una desolación de la que quería salir. Encendí la luz, pero las estanterías vacías y mi propia sombra cobraban un carácter amenazante. Opté por ir a un bar para continuar la lectura.

“...Esa mujer parecía inofensiva. Nunca fui muy encarador y, cuando ella se acercó a mi mesa y, sin ponerse colorada, me pidió que la invitara un café, no podía desairarla. Me dijo que era mi día de suerte, porque yo era un elegido. ‘¿Un elegido por quién?’, le pregunté. ‘Es un misterio. Nunca se sabe para qué somos elegidos, podemos serlo para enfermarnos, para ganar la lotería o para ser felices. Quién nos elige es el misterio. No te confundas, no es lo que vos creés, lo que creen casi todos los hombres. Vine porque tenés un aura, algo diferente, un brillo que te hace distinto.’ Yo me reí. ‘Vos querés plata. No soy tan ingenuo.’ Miráme, no soy tan vulgar.’

“Tenía razón. Era atractiva, pero no por lo linda sino por una manera de mirar. ‘¿Por qué te acercaste?’, le pregunté. ‘Te dije, tenés algo distinto. Imagino que te interesa conocer otros mundos. Cosas no convencionales. Yo vengo de un mundo no convencional y trato de que algunos lo conozcan, algunos hombres que se interesen en saber.’ ‘¿Y por qué habría de interesarme?’ ‘Es sólo intuición. La famosa intuición femenina. Veo en vos a una persona curiosa. Alguien a quien le atrae lo nuevo y dispuesto a explorar nuevas experiencias.’

“No sabía qué hacer. Me quedé callado unos instantes. ‘No te preocupes, –me dijo–, cuando quieras saber de qué se trata, me vas a encontrar. Me llamo Irene. Si tenés curiosidad y agallas, me encontrarás aquí los jueves por la tarde. En este café.’ Se levantó y se fue, esperando que la llamara, pero no lo hice...”

Sonó mi celular. Me había olvidado de avisar que llegaría tarde a casa. Despedí a mi mujer rápido porque quería seguir hasta el final. El bar estaba por cerrar pero no me importaba. Seguí enfrascado en la lectura.

“ ‘...una tierra de mujeres, sólo de mujeres. No somos lesbianas. Nos gustan los hombres, pero sólo la conocen algunos hombres, aquellos que se atreven a conversar con nosotras.’ Al principio no le creí, pero me dijo que quedaba a una hora de auto, que no me pasaría nada y que tal vez pudiera encontrarlo divertido.

“Me fui un lunes, con la excusa de visitar a unos parientes en La Pampa. No había forma de decírselo a Marga, y que lo entendiera.

Era una aldea pequeña. Vivían de la agricultura. No serían más de cuatrocientos habitantes. Las casas eran cuadradas, sencillas, de material, con un pequeño jardín adelante. Las calles estaban trazadas en semicírculos concéntricos. Sólo se veían mujeres. ‘¿Y los hombres?’, pregunté a mi anfitriona. No te preocupes ya los vas a conocer. Venite más tarde al bar de aquella esquina. A eso de las cinco. Te esperamos...”

El mozo se acercó, implacable: fastidiado porque lo obligaba a trabajar hasta esa hora, me intimó a irme. Eran las once de la noche, y volví a casa. Antes de llegar, avisé que tardaría un rato más. Paré en cualquier calle. Tenía que seguir leyendo.

“...En el bar había varias mujeres sentadas en distintas mesas. Me saludaron sonrientes. Se miraban cómplices. El lugar comenzó a llenarse con más mujeres. Había mucho bullicio. En cada mesa, una copa de champagne. Cuando llegó Irene, todas aplaudieron. Pidió silencio. Se callaron, y ella comenzó a hablar. ‘Tenemos un nuevo habitante. Un señor de la Capital. Es comerciante. Se llama Aníbal. Estamos muy contentas. Va a ser uno de los visitantes que tratará de hacernos felices. Brindemos por eso.’ Todas levantaron las copas al unísono. ‘A tu salud Aníbal.’ Bebí de mi copa. Las imágenes se me hicieron borrosas...

“Desperté en una habitación cerrada, sin ventanas, con un pequeño baño. Una mesa de madera, una silla de paja, una cama de una plaza con un colchón viejo, sin sábanas. Tenía hambre. Escuché el ruido de la llave en la cerradura. Alguien abrió la puerta. Entró una mujer, que cargaba una bandeja con un plato de comida y una botella de agua. Me pareció haberla visto entre las que estaban cuando entré al bar. Me quise levantar pero me costaba moverme. Me sonrió, dijo que no me preocupara, que me sentiría mejor después de comer. No tenía mi reloj. Me lo habían quitado. ‘¿Qué hora es?’ ‘Aquí no hace falta reloj. Está todo bien así, ya vas a ver.’

“Comí el pollo con avidez. Seguía mareado. Ni bien terminé, volvió a abrirse la puerta. Entraron tres mujeres. Me tomaron de los brazos con firmeza y me amarraron a una silla con unas correas gruesas. Me ubicaron para que yo mirara hacia la puerta, y así estuve un rato, hasta que comencé

a sentirme yo mismo nuevamente... Entraban de a una. La primera se paró frente a mí con aire seductor, lucía un escote pronunciado: ‘¿Estoy bonita?’, me preguntó. ‘Muy bonita’. ‘¿Atractiva?’ ‘Sí, claro’. ‘¿Me ves gorda?’ ‘No, para nada.’ ‘¿Estás seguro?’ ‘Por supuesto, no estás nada gorda’. ‘Se lo decís a todas’. ‘Te aseguro que no’. Luego de un rato sometido a las mismas preguntas, a las que yo respondía sin dudar, dio media vuelta y se fue. Enseguida vino otra y, vestida provocativamente, insistió con idéntico ritual. Quería saber lo mismo, y, si mis respuestas no le parecían convincentes, las repetía hasta lograr alguna satisfacción. Así se fueron sucediendo interminablemente mujeres de todo tipo, gordas, flacas, altas, bajas, algunas más lindas, otras más feas. No pude calcular las horas. Estaba extenuado, apenas me habían dado un poco de agua. Ahora no sabía si el mareo era por lo que tenía el líquido o por lo agotador de la tarea.

“...Pasaron varios días con rituales similares... Me habían soltado las correas, pude ir al baño, pero estaba muy débil. Comí. Dormí. Al despertar, me encontré amarrado en la misma silla, en la misma posición. Comenzó el mismo desfile, pero esta vez algunas cantaban, otras bailaban o actuaban; no lo hacían muy bien. Algunas se sentaban frente a mí y hablaban sobre distintos temas. Contaban su vida, historias de todo tipo. Lo hacían en tono confidencial. Todas querían que las mirara sin distraerme, que les prestara atención, que no bajara la vista. Estaban muy pendientes de mi aprobación, de mi mirada. Me despertaban ternura, pero cada una que pasaba se llevaba parte de mi fuerza. Si me dormía, me zamarreaban, o,

cuando estaba más cansado, me levantaban de los pelos. Cuando no podía más, me dejaban dormir. Al otro día, la ronda continuaba con el resto de las habitantes de la aldea. Irene no había venido desde que me habían dejado en esa habitación. Tantas caras desconocidas me hacían extrañar a mi familiar. Pensaba en Marga, mi esposa. Estaría muy preocupada por mí. No había dejado ninguna pista de hacia dónde iría. Yo suponía que todo sería una fiesta con mujeres y que no pasaría de eso...

El sonido de mi teléfono me sobresaltó, había olvidado por completo la hora. “¿Dónde estás? ¿Todo bien? ¿Tenés idea de la hora qué es?” Casi las dos de la mañana. Sin dar detalles, dije que había encontrado el diario del tío y me había quedado leyendo.

Llegué rápido. Verónica estaba preocupada y enojada. Quería saber qué había pasado. Conté generalidades, pero ella, con su clásico espíritu inquisitivo, quiso saber más. No podía revelar la historia, me remití a dar detalles sobre la infancia y la vida familiar que contaba el tío y que a mí me parecían sin importancia, pero que a ella le parecían enternecedores.

En la mitad de la noche, mientras mi mujer dormía, busqué las hojas guardadas en mi portafolio y, bajo la luz del velador del living, seguí la lectura.

“...No supe cuántos días estuve. Fueron muchos, como veinte, me dijo Marga cuando volví... Creí que no iba a poder escapar, pero se presentó una oportunidad...

“...Había perdido mucho peso después de días extenuantes, plagados de exigencias de todo tipo. Ellas buscaban un hombre que las complaciera en sus deseos cotidianos, y yo era uno de los elegidos, un estúpido conejillo de indias. Yo hacía lo que me pedían para conformarlas y así poder liberarme pero, a medida que me iba debilitando, lo único que obtenía era insatisfacción. Era un juego que ellas conocían muy bien: era evidente que ya lo habían jugado. Me preguntaba qué pasaría conmigo una vez que el juego terminara...

“...Aquella noche, Irene, desnuda, se acercó a mí y me desató. Su cuerpo era firme, sus pechos buscaron mi boca, y ella comenzó a acariciarme, guió mis manos por sus contornos y sus profundidades. Parecía haber guardado su pasión para ese momento. Yo respondí con el vigor que me quedaba y que Irene renovó. Me perdí en su pelo, que olía a lavanda mientras vibraba con ella, en su suavidad. Una felicidad inesperada se posó un instante. Tal vez éste era el propósito de mi secuestro. Quedamos enredados, acariciándonos, silenciosos. Luego repetimos las caricias con gestos menos vehementes, con mayor intensidad, en un nuevo descubrimiento... Me quedé dormido y al despertar había ahora otra mujer desnuda delante de mí, esperando su turno. Era más joven, más bella, pero su

llegada me hizo entender que la razón de mi secuestro no era Irene... y que debía esperar lo peor. Todo se repetiría infinitamente hasta dejarme sin fuerzas

"...El día anterior había arrojado la comida por el inodoro, no había bebido nada, para evitar sentirme con sueño. La comida y el agua tenían drogas que me atontaban. Ahora estaba lúcido, incluso sin comer me sentía mejor.

"...con la chica más joven no pude responder adecuadamente pero, durante el juego amoroso, la desmayé con un golpe en la cabeza. La escondí debajo de la cama. Me vestí y salí de la habitación. Me arrastré en silencio a ras del piso. Era un pasillo con varias puertas. Detrás de una de ellas, se escuchaban murmullos de mujeres. Supuse que esperaban su turno. Llegué hasta una habitación silenciosa. Abrí lentamente la puerta y me metí. Estaba oscura, pero por una ventana alta entraba un reflejo de luz. Mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad hasta descubrir un horror que nunca imaginé. Los cuerpos de hombres disecados –como medias reses– colgaban de los pies desde el techo. Serían unos veinte hombres. Bacalaos/hombres. Disecados. La piel rugosa, dura, las cabezas aplastadas. Los espacios orbitales vacíos. Como si los hubieran deshidratado en una prensa."

"...Le conté a Marga cómo había escapado, cómo había logrado alcanzar la ventana y saltar y correr hasta la ruta, desde donde un automovilista me rescató. Ella no me creía. Para peor, cuando hice la denuncia, el lugar es-

taba habitado por otra gente, familias, que decían haberse mudado allí desde hacía mucho. Seguramente cómplices.

"Nunca pude recomponer la relación con Marga. Fue el fin del matrimonio..."

Ya era de día. El sol se dejaba ver por las líneas de la persiana. En una hora debía llevar los chicos al colegio. Volví a la cama. Verónica dormía plácida. Me recosté. Las imágenes de los hombres disecados no me permitieron descansar. ¿Habría ocurrido aquella historia? ¿Por qué el tío no incluyó ese relato en el diario? Cuando acampábamos, él solía aconsejarme sobre cómo tratar a las mujeres. Era una de sus conversaciones predilectas. Luego de algunas de sus sentencias, se quedaba callado, con la vista perdida. De pronto recordé aquel 1964, yo tenía diez años, y en mi casa hubo un gran revuelo. No sabían en dónde estaba el tío Aníbal. Papá estuvo preocupado, buscándolo, habían ido a la policía y a los hospitales. Hasta que un buen día apareció. Siempre fue un misterio lo que pasó.

Hubo muchas versiones pero, en la familia, se comentaba que el tío tenía otras mujeres y que por eso se había separado de la tía.

Pituco

Cerró la puerta y se fue. Así de fácil. Y ahí me quedé, vacío como el espacio que dejó. No me atreví a decir nada, sólo a deprimirme. En los ocho meses que vivimos juntos, nada me hizo sospechar que podía tener otro tipo, y confié en ella. Me sentí estafado, ingenuo, inmóvil. Sólo Pituco deambulaba por la casa, también desconcertado.

Durante los días siguientes, él era lo único que se movía en el monoambiente: acercaba su hocico a mi cara recostada en la cama; me miraba triste y rasguñaba la puerta cada vez que percibía un sonido en el palier, esperando, como yo, que ella volviera. Por la tarde Pituco se impacientaba para que lo sacara a dar su paseo cotidiano. Yo no conseguía moverme, me costaba dejar la tele, aunque él no entendía razones.

No lograba despegarme de la cama ni de la decepción. Con su insistencia de salir a la calle, él parecía querer darme ánimo. En otro momento, yo lo disfrutaba, porque juntos habíamos armado una exitosa "asociación ilícita" para seducir chicas. Su estampa de labrador elegante y tierno era una excusa natural para provocar conversaciones con las dueñas de los perros a los que Pituco se acercaba. Él me señalaba el camino y hacia dónde debía apuntar. Me miraba, cómplice, cuando elegía a quién arrimarse y generalmente acertaba.

Por mi deprimida condición, él estaba más nervioso. Yo sentía que me bancaba menos. Se movía in-

quieto, y hasta había volteado algunos objetos, muy raro en él, con el único fin de llamar mi atención.

Aunque seguía sin deseos de hablar con nadie ni de salir a la calle, para no decepcionarlo, o temiendo que él también me dejara, le pregunté a mi vecina por el paseador de perros. Pituco merecía una vida mejor, hasta que yo pudiera rehacer la mía. Era febrero, hacía calor, y no era justo que él no disfrutara de sus vacaciones.

El paseador era un muchacho alto, de unos veinticinco años. Una cinta le ataba el pelo castaño que no frecuentaba el shampoo. Los diez perros que llevaba parecían ser amigos entre sí. Era un profesional, los sostenía con vigor y voz de mando.

El primer día que se llevó a Pituco, yo esperaba una mirada de reproche de su parte, o que tuviera temor de ir con un desconocido. Tantos perros extraños tal vez lo hicieran sentir incómodo. Sin embargo, a él sólo pareció importarle salir a pasear. Lo noté un poco excitado pero contento, seguramente él también estaba harto de mí.

Me quedé en la puerta viendo cómo se alejaba la jauría.

A las dos horas sonó el timbre, y bajé ansioso a su encuentro. Entró resignado, con un andar cansino. El resto del día estuvo echado mirando la tele conmigo. Yo intentaba llamar su atención, pero a él parecía no importarle.

Los paseos se fueron repitiendo. Volvía cada vez más tranquilo, en un estado de placidez sorprendente. Lo comenté con mi vecina, pero a su perra no le pasaba lo mismo. Por la noche, cuando lo sacaba, me llevaba por el camino que hacía con el paseador. Siempre terminaba en la plaza de Las Heras y Coronel Díaz. Llegaba hasta un sector, como buscando algo, olfateaba alrededor, ladraba, daba unas vueltas en círculo y terminaba con un gemido. Buscaba algo que yo ignoraba.

El paseador se enfermó y faltó cinco días. Pituco estaba como loco. Para no alterar su rutina, hacíamos la ronda habitual en el mismo horario. Él seguía el camino arrastrándome con desesperación. Yo lo dejaba hacer. Llegaba al mismo lugar de siempre, se agitaba, corría en círculos. No podía lograr que volviera a un estado razonable. Seguía muy extraño, y hasta llegó a gruñirme, lo que nunca había hecho.

Cuando al fin el paseador retomó su tarea, decidí seguirlo a una distancia prudencial. En el sector habitual de la plaza de siempre, el líder se sentaba con su tropa a tomar un descanso. Pituco no. Se mantenía de pie y se arrimaba al muchacho, mirándolo a los ojos. Y, aunque suene ridículo, comencé a sentir celos. Esta vez no me iban a engañar tan fácil. De pronto, una voluta espesa de humo surgió de un cigarrillo que encendió el paseador. Mi perro pegó el hocico a la boca del paseador. Tomé una ubica-

ción mejor, porque el muchacho estaba de espaldas, y yo no lograba ver bien la escena. Tal vez a Pituco le atraía el olor del cigarrillo. “Como no fumo, a él le resulta novedoso”, pensé. Cuando pude observar desde otro ángulo, distinguí un bruto porro en la mano del paseador. El único perro que compartía la fumata era el mío. No sabía si estar orgulloso o avergonzado.

Dos días más tarde, cuando regresó de su ronda habitual, le avisé al muchacho que no volvería a contratarlo. Pituco se despidió apenado y, no sé si para hacerme sentir culpable, se quedó varias horas inmóvil sobre su alfombra.

Decidido a no perder nada más, he cambiado algunas rutinas. Todas las mañanas saco a pasear a Pituco y desayunamos juntos. A mi café con leche matutino, le sumé un succulento porro, que él agradece con afecto.

Gustavo Santaolalla

La revista dominical del diario de mayor tirada del país tenía en tapa a alguien muy parecido a mí, casi idéntico. Este detalle, lejos de pasar inadvertido para el mozo del bar en el cual suelo tomar café, cobró tanta relevancia para él que, de pronto, se emocionó al encontrarse atendiendo a alguien “exitoso y famoso”.

— Es que no soy yo, se lo aseguro.

— Vamos, hombre, entiendo que quiera pasar desapercibido, pero no se niegue.

La miré a mi mujer, que sonreía mientras yo trataba de zafar del malentendido.

— Es que me parezco, pero no somos la misma persona.

— Mire, sé distinguir perfectamente una cara — dijo, molesto ante mi intento de escamotearle el placer de atender a alguien importante.

— Bueno — asentí —, si usted lo dice...

— Pensar que lo tengo acá, tan cerca. ¿Cómo es eso de ganarse un Oscar?

Yo esperaba con impaciencia que algún parroquiano lo llamara desde otra mesa, pero no había caso, el domingo es un día medio muerto en el bar de la esquina de casa.

— Bueno... Sí, es lindo... muy emocionante — dije, para evitar su desilusión.

— Qué humilde resultó ser usted. Viene acá todos los domingos, saluda a la gente. Se ve que no se la cree mucho.

— Bueno, no tengo motivos para creerme nada. Soy una persona común y corriente — lo miré a los ojos para darle la oportunidad de que descubriera su error.

— Así me gusta. Un buen argentino. Ojalá todos fueran como usted.

— Bueno, gracias.

— ¿Le traigo lo de siempre?

— Sí, por favor.

Mi mujer disfrutaba de mi pequeña fama, que de algún modo también era la suya: la esposa de una estrella. Después de todo, Gustavo Santaolalla era un músico prestigioso.

Desde que me convertí en una celebridad, pasar cada día por la puerta del bar se había transformado en un tema: no podía dejar de hacerlo sin saludar previamente al mozo, para no quedar como un engreído, y, al mismo tiempo, debía mostrarme simpático, pese a mi habitual mal humor matutino.

Cambié de camino para ir a mi trabajo. Trataba de evitar el corrillo que se armaba cuando mi figura asomaba por ahí. Estuve varios fines de semana sin ir. A pesar de todas las incomodidades, nos resistíamos, mi mujer y yo, a abandonar el hábito de tomar café en el bar que tanto nos gustaba.

— ¿Qué tal, tanto tiempo? Hace mucho que no lo veía. Se ve que estuvo de gira — saludó el mozo, con la alegría del reencuentro.

— Buenas... — le extendí la mano respondiéndole el saludo.

— Y... claro, las giras son largas. Pero se ve que no nos abandona.

— No, por supuesto, ¿por qué dejaría de venir?

— Y ahora que es famoso en todo el mundo... Vio cómo es la gente. Pero usted no, usted es distinto, como se debe ser.

— Gracias — sonreí con humildad, con la humildad de los grandes.

Nuestro café habitual se había transformado en un tema de discusión entre mi mujer y yo. Me costaba sentarme a una mesa y verlo venir a Ramón, nuestro mozo, con su saludo pegajoso, que me obligaba a mentir para cuidar su sensibilidad. Aunque debo reconocer que era lo más cercano de la fama que podía estar. Al fin y al cabo, no estaba tan mal: mi amigo tenía a su "estrella", y yo, un admirador.

— Y, ¿cómo anda eso?

— Hola. ¿Le traigo lo de siempre?

— Sí, por favor.

El mozo no sonreía como otras veces. La mirada no tenía ese rasgo complaciente que se le dedica a los famosos. Tal vez se había desilusionado al descubrir que yo no era la figura que él creía.

Mientras se alejaba, lo llamé.

— ¿Sabe?, la semana que viene me voy de viaje, así que no vendré. Tengo que grabar en California.

— Ah, ¡no me diga! ¡Qué bien! Bueno, espero que vuelva, como siempre.

Dos semanas más tarde, regresé con una foto mía, que ahora se exhibe en una pared del bar, con una dedicatoria:

A Ramón, con afecto,

de

Gustavo Santaolalla

Jamón de Liniers

Mudarnos era una meta que nos parecía inalcanzable. En los últimos años habíamos logrado ahorrar el dinero que nos daba esa posibilidad.

Dejar la reserva del departamento equivalía a provocar al destino: nos atrevimos a hacerlo. Teníamos dos hijas, que estaban por ingresar en su etapa adolescente, y que cada una tuviera su propio dormitorio era alcanzar un bienestar muy anhelado. Sólo nos faltaba un poco para completar el valor final, pero teníamos cuarenta y cinco días para conseguirlo.

Barajamos una lista de posibles prestamistas que no salían del círculo familiar y algunos amigos.

Mis padres ya nos habían dado una suma que nos permitía estar muy cerca de conseguirlo, pero nos faltaban cinco mil dólares. Nada del otro mundo.

Norma había pensado en su único hermano, él tenía dinero invertido. Y me parecía que también era un modo de integrar a su familia en nuestro proyecto y alivianar la orfandad que sentía desde la muerte de su padre.

Cuando sonó el timbre, aceleramos la preparación de los últimos detalles. El aroma a pollo horneado, los panes tibios, el vino en su lugar, haciendo alarde de la etiqueta: todo dispuesto para un agasajo interesado.

Invitarlo a cenar a Augusto, sabiendo que le pediríamos dinero, me parecía una caricatura de una reunión de negocios. Pero, al fin y al cabo, crear un ambiente cordial no tenía nada de malo.

La mesa desplegaba una elegancia inusual. Nuestras hijas, que habían ayudado a doblar las servilletas, exhibían un solemne respeto parecido al de los actos del colegio, cuando se canta el himno.

Al abrirse la puerta, Augusto extendió sus manos para mostrar en primer plano su ofrenda: un paquete chato, envuelto en papel blanco de almacén.

— Es un jamón especial. Está cortado a cuchillo. Lo compré en Liniers.

— ¿No se consigue jamón en Flores, cerca de tu casa?

— Éste es muy especial, ya vas a ver.

Durante los primeros quince minutos, no dejó de hablar de las bondades del jamón y de las intrascendentes peripecias para conseguirlo. Aunque era sabroso, no me parecía nada especial, pero no me atreví a cuestionarlo, teniendo en cuenta el fin superior de la reunión. Hice esfuerzos para que el fiambre me gustara tanto como a él.

Los restos de pollo y algunas papas que sobrevivieron al estrago del hambre indicaron la hora de la cama para las niñas. Era el momento de voces acalladas y encarar el punto.

Me debatí durante toda la noche imaginando el momento oportuno. Cómo hacer para no generar el efecto contrario. Llegué a pensar que era más fácil lograr el préstamo en un banco: con presentar papeles y mentir alguna potencialidad que garantizara la

devolución, hubiera sido suficiente para conseguirlo. Pero en esta situación, ante un pariente cercano, tal vez fuera más útil despertar lástima o exagerar un anhelo cuya frustración nos arruinaría la vida para siempre. Me resistía a desplegar esa teatralidad, aunque habíamos armado una escenografía para disimular que husmeábamos en su tesoro.

Norma y Augusto conversaban sobre algo que yo ya no escuchaba.

— ¿Te contó Norma cómo es el nuevo departamento?

— Sí. De eso estábamos hablando. Qué cómodo. Además, es cerquita de acá.

— Sí, estamos muy contentos.

— Claro, me imagino.

— Y las chicas también. Ya están haciendo planes para ver dónde van a poner las cosas. Cada una en su pieza. Están felices, muy felices.

— ¿Ya firmaron el boleto?

— Pasado mañana. Estamos muy emocionados.

— Y no es para menos. Me gustaría ir a verlo en cuanto se pueda.

— Sí, claro. Después de escriturar. Antes es muy difícil, porque está ocupado.

— ¿Y cuándo escrituran?

— En cuarenta y cinco días nos dijeron. Los vendedores tienen que buscar otro departamento.

— ¿Querés más café, Augusto? — ofreció Norma.

— Dale.

— ¿Te gustó la comida? — pregunté.

— Muy buena. Riquísimo el pollo. ¿Te gustó el jamón?

— Sí. Muy rico — dije para complacerlo.

— Sí. Y me fui hasta Liniers, pero valió la pena.

— Sí. Volviendo al tema — hice un breve silencio —. Ya que estamos, quería preguntarte algo.

— Decime.

— Vamos a necesitar que nos prestes dinero para el momento de la escritura. Nada del otro mundo, unos mangos que nos permitan llegar cómodos a pagar los gastos y hacer la mudanza.

— Ajá.

Augusto se reclinó en su silla como un jefe al que su empleado le pide un aumento de sueldo. Sintiendo mi incipiente transpiración, me apresuré a dar la cifra.

— Cinco mil dólares, nada más.

— Ajá.

Un incómodo silencio nos descolocó y nos empujaba a titubear. Norma, apresurada, quiso aliviarlo.

— Si no podés, no te hagás problema. No hay obligación.

Augusto era soltero, no tenía hijos ni compromisos familiares. Tenía ingresos de su fecunda actividad: director y profesor de torneos de bridge. Era una personalidad en ese ambiente. Su agenda estaba siempre completa, y lo requerían de todas partes.

Vivía con su madre jubilada, con quien compartía los gastos de la casa. ¿Por qué no podría? La intervención de mi mujer me fastidió. ¿Por qué aliviarle el compromiso?

Augusto permaneció callado, hasta que se vio obligado a decir algo.

— ¿Sabés lo que pasa, Marcelito? — Su rostro exageraba una dificultad —. Tengo acciones en la bolsa, debería consultar con mi agente para ver en qué momento podría disponer del dinero. No creo que sea conveniente salir. Están dando muy buenos dividendos.

— Pero me dijiste que tenías un plazo fijo también, ¿o no? — intervino Norma, esta vez cortándole el camino de salida.

— Sí, pero me tengo que fijar cuándo vence.

Lo dijo compungido, insinuando una falsa preocupación.

— Bueno, tal vez sea mucho inconveniente para vos. Fijate.

— Además, si tuviera que sacar el plazo fijo, dejaría de percibir unos intereses, que en este momento son sustanciosos.

— En ese caso, tal vez nos puedas prestar con intereses — dijo Norma —. No queremos perjudicarte.

— Ok. Dejá. No hay problema, buscaremos por otro lado — propuse, para dejar de arrastrarnos.

— Si no encontrás a nadie, vemos cómo podemos hacer. Avisame.

Siguió dando explicaciones que sonaban a excusas. Yo le prestaba una sonrisa complaciente, acompañada de monosílabos. Sólo quería que se fuera.

Ordenamos la casa sin hablar. Norma y yo evitamos los comentarios de la “reunión de negocios”. Ella, ensimismada, lavaba los platos. Yo, a su lado, los secaba. Una feta de jamón se exhibía, solitaria sobre el papel blanco engrasado. La estrujé con una mano y la tiré violentamente al tacho de basura.

ÍNDICE

Prólogo	7
El Prologuista	13
Alguien tiene que ganar	25
El restaurador	43
El cuaderno	51
Necochea	59
Giménez	81
El doctor Periné	89
Cielito lindo	101
Desencadenarse	111
Q.E.P.D.	117
Culo	125
El diario del Tío Aníbal	131
Pituco	145
Gustavo Santaolalla	153
Jamón de Liniers	161

AGRADECIMIENTOS

A mis padres Manuel y Cata, que forjaron un futuro para sus hijos con esfuerzo, amor y honestidad.

A Mabel Gutmark, la mujer de mi vida, cuyo agudo ojo crítico me ayuda a ver lo que no veo.

A Fernando Sánchez Sorondo, poeta brillante, maestro en todos los sentidos.

A Julio Gottheil, Alejandrina Malenchini, Marina Frederking, Marta Kreutzer, Alberto Tarsitano, Adriana Menéndez, Graciela Belcher, Julia Laspiur, Marcelo Putignano, Gabriela Alfie. Todos ellos con sus críticas y comentarios me han estimulado a publicar.

A Renata Schussheim, artista generosa y admirada.

A Oscar Garrido, un amigo que supo decir algunas palabras oportunas para incentivar mi escritura.

A la Argentina, un país que, como pocos, ofreció acceso gratuito a una buena educación pública a quienes nacimos y a quienes llegaron a esta tierra.

“Afortunado el hombre que se ríe de sí mismo ya que nunca le faltará motivo de diversión”, escribió Habib Bourguiba.

Y afortunados, por extensión, quienes de una forma u otra rodean al hombre que, riéndose de sí, hace reír contagiosamente a los demás.

Tal es el caso de Mario Lion en su libro de cuentos *Alguien tiene que ganar*.

Pero no se trata de una risa fácil y demagógica, vendedora, sino de esa maestría mayor que es la gracia. Los cuentos de Mario Lion están asistidos por la gracia en su doble acepción: por un lado lo gracioso de su tono y por otro y más ontológicamente la gracia literaria suya propia y de nacimiento, como don, como talento, como destino.

¿Por qué hay tíos Aníbal, mamás, esposas y otros vínculos tan de la infancia en estas páginas?

Por eso mismo: porque son lúdicos, porque tienen la fuerza y el genio virgen, inocente y también “perverso polimorfo” de los chicos, de sus dibujos y de sus textos.

Claro que Mario, que ya es grande y muy buen lector, no cuenta sólo con ese don que le cayó del cielo: le suma trabajo, inteligencia verbal, pasión por el “modo justo”, reescritura, profesionalismo.

El resultado es este libro absoluta y pluralmente nuevo: por ser el primero suyo publicado y por ser inédito en tantos aspectos que trascienden el hecho de su publicación: su originalidad, su ímpetu, su diversidad, y esa emoción única que depara al lector. Porque si es cierto que “Alguien tiene que ganar” — como dice el título— yo creo que somos nosotros, sus lectores, sus agradecidos y afortunados destinatarios.

FERNANDO SÁNCHEZ SORONDO

ISBN 978-987-28754-2-8



9 789872 875428